



MINED
Un Ministerio en la Comunidad

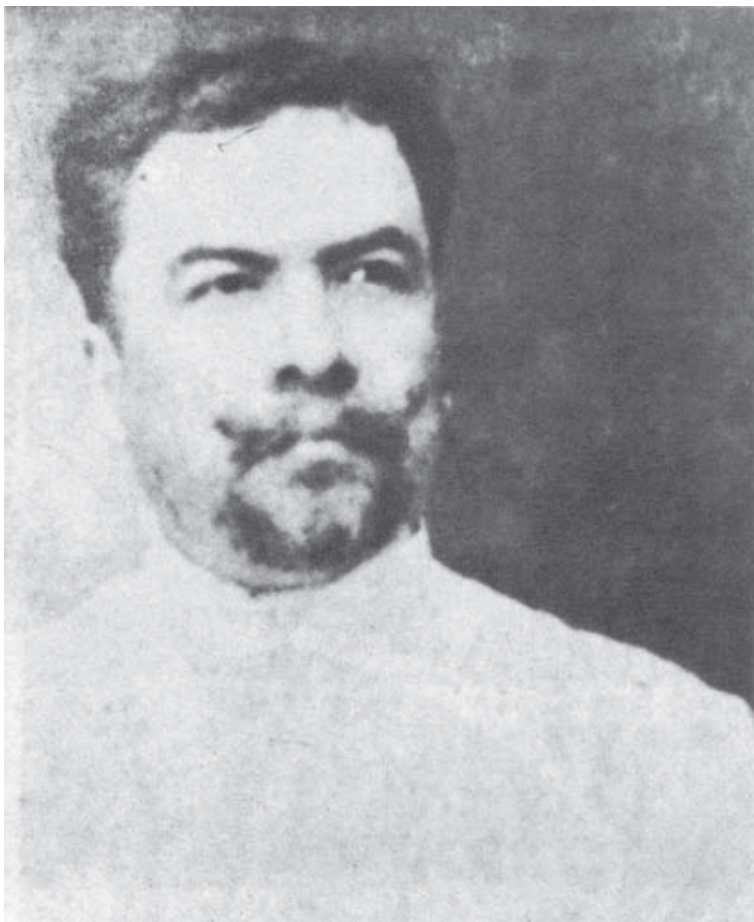


No 8

Rubén Darío en Managua



Rubén Darío en Managua



Jorge Eduardo Arellano

© 2020

Alcaldía de Managua

La Alcaldía del Poder Ciudadano

Rubén Darío en Managua

LA ALCALDÍA DEL PODER CIUDADANO colaborando con el Ministerio de Educación de la República de Nicaragua. Una contribución a la educación de nuestros maestros y educandos. COLECCIÓN RUBÉN DARÍO No. 8, Enero del 2020, JORNADA DARIANA.

Una producción de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua.
Dirección General de Desarrollo Humano.
Dirección Específica de Cultura y Patrimonio Histórico.
Centros de Historia del Poder Ciudadano.
© 2020 Alcaldía de Managua.

Autor: Jorge Eduardo Arellano.
Diseño y diagramación: Octavio Morales Serrano.

Índice

| | |
|---|---------------|
| Presentación..... | Pág.5 |
| Nota contextual..... | Pág.7 |
| I. Los años formativos y la garza morena (enero, 1882 - junio, 1886) | Pág.11 |
| II. La estadía fugaz a su regreso de Chile (marzo - abril, 1889) | Pág.28 |
| III. Huellas de otra estadía fugaz: los días previos a su misión oficial en España (28 de junio - 6 de julio, 1892) | Pág.32 |
| IV. Los tres meses decisivos(enero - abril, 1893)..... | Pág.35 |
| V. La apoteosis del retorno (24 de noviembre, 1907 - febrero, 1908) | Pág.39 |
| VI. Las tres semanas preagónicas (15 de diciembre, 1915 - 6 de enero, 1916) | Pág.47 |
| Anexos. | Pág.64 |
| 1. El cazador de pájaros y conejos en Las Sierras:/ “De Caza” (1880): poema de Darío escrito en Managua a sus 13 años. | |
| 2. Rubén Darío: “De Caza”. | |
| 3. Decreto del Congreso Nacional. | |
| Bibliografía. | Pág.85 |

Presentación

La Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, se complace en compartir con los amigos lectores de la Biblioteca Digital del Ministerio de Educación de la República de Nicaragua, el presente trabajo sobre la presencia de RUBÉN DARÍO EN MANAGUA, obra solicitada al Dr. Jorge Eduardo Arellano, y que ha sido impresa en dos ocasiones, así como en forma digital, como la edición que ponemos en sus manos en este portal.

Agradecemos al Dr. Arellano por su colaboración con nuestros niños, jóvenes y adolescentes del sistema educativo nacional, y esperamos que la comunidad educativa aproveche al máximo esta oportunidad de acceder al conocimiento científico de la obra y vida de nuestro poeta universal de los siglos RUBÉN DARÍO.

Esperamos que al año 2020 sea de paz y prosperidad para todos los nicaragüenses, y que continuemos cosechando más triunfos en las obras de desarrollo para nuestra querida Nicaragua liderados por el Gobierno del Presidente de la República Comandante Daniel Ortega Saavedra y Cra. Rosario Murillo.

**Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico.
Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua.
Jornada Dariana 2020.**

Nota contextual

Rubén Darío (1867-1916) tuvo cinco patrias físicas y formativas. Como él mismo lo reconoció, fueron Nicaragua (mi patria original), Chile (segunda patria mía), Argentina (mi patria intelectual), España (la patria madre) y Francia (la patria universal). Además, en función de su ideario artístico, se forjó una sexta: nuestra patria la Belleza.

Cronológicamente hablando, Nicaragua fue la primera; pero pronto la trascendió llegando a sentirse centroamericano y, ya en su plenitud, latinoamericano. No se olvide que la columna vertebral de su credo político fue la latinidad; un imaginario que abarcaba España, Francia e Italia, con la cual se enfrentaba al mundo anglosajón.

Así, deslindaba en el continente dos Américas, a las que atribuía distintas filiaciones étnicas: la suya correspondía a la raza latina; la otra a la anglosajona. Lo hizo, por primera vez, en una crónica sobre deportes en que aludía al célebre empresario de su tiempo, el estadounidense Taylor Barnum (1810-1891): “ese rey de los espectáculos que tiene su trono en Londres y en Nueva Cork”, concluyendo:

¡Dios Santo! Vamos quedando con nuestro modo de ser amenazados por la raza férrea anglosajona, al menos en América, raza que ha hecho de sus punos martillos, que habla una lengua bárbara también, ruda, erizada, rápida y casi eléctrica.

Hay que partir de esta perspectiva para ubicar la temática de la presente y modesta monografía sobre la presencia de nuestro bardo universalista en Managua. No se olvide tampoco que él fue más errante que arraigado en un solo sitio, aunque pueden advertirse desde 1880 – cuando se iniciaba en la escritura- dos grandes etapas de su trayectoria creadora. Primero: la americana, que abarca hasta 1898; segundo:

la europea o cosmopolita, la cual comprende hasta 1916. Es decir, dieciocho años en cada etapa, al margen de que haya realizado breves viajes transatlánticos durante cada lapso cronológico.

Pues bien, dentro de su primera etapa (la de sus períodos centroamericanos, chileno y argentino), se detectan cuatro momentos en la capital de Nicaragua: el primero de enero 1882 a junio de 1886, cuando se dieron sus años de aprendizaje y formación en la tierra natal, sumada al deslumbramiento precoz y erótico ante una niña, Rosario Emelina Murillo, a quien bautizaría garza morena; y el segundo de marzo a abril de 1889, la de su fugaz estadía a raíz de su regreso de Chile, ya seguro de sí mismo y realizado literariamente a nivel hispánico.

A los anteriores, siguieron otros dos: del 28 de junio al 6 de julio de 1892, o sea, los días previos a la misión oficial en España; y de enero a abril de 1893, al protagonizar los meses decisivos de su existencia, marcados por el nombramiento de Cónsul en Colombia—que determinaría su carrera de renovador de la lengua española y líder del modernismo en Hispanoamérica— y el forzado matrimonio (una página dolorosa de violencia y engaño) con Rosario, la pasión de su vida.

En cuanto a la segunda etapa, dos fueron las estadías nicaragüenses (y dentro de ellas capitalinas) aquí puntualizadas: del 24 de noviembre de 1907 a febrero de 1908, correspondiente a su triunfal retorno, destacándose Managua entre las ciudades que más le rindieron el justo reconocimiento; y la del 15 de diciembre de 1915 al 6 de enero de 1916, tres semanas que llamo pre-agónicas, fueron previas a su traslado a León, donde —mal operado— ingresaría muy pronto —el 6 de febrero— a la Estigia.

Entre los anexos, he incluido una novedad: el poema “De Caza” que a sus trece años, escribiera Rubén. Se trata de un texto precursor,

como se verá, de la lírica exteriorista que profusamente se practicaría en la Nicaragua del siglo XX y, al mismo tiempo, de un temprano canto a nuestra naturaleza tropical.

En fin, estas páginas tienen el objetivo destinado a los managuas de apropiarse con orgullo de Darío. En ellas se rastrean sus huellas, no remotísimas como las de Acahualinca, sino contemporáneas y, aunque a veces trágicas, siempre significativas e interesantes.

Jorge Eduardo Arellano

Managua, 6 de enero del 2010.

I. Los años formativos y la garza morena

Yo sé lo que debo literariamente a la tierra de mi infancia.

R. D.

(Discurso en la velada del 22 de
diciembre de 1907 en León).

1882

Las décimas de “El libro” y el fracaso de los diputados liberales de enviarlo a educarse en Europa

PRECEDIDO DE su fama de poeta niño en León, y a iniciativa del doctor Modesto Barrios (1849-1926), Rubén se traslada a Managua, hospedándose en el Hotel Nacional. Barrios y otros diputados, como José Dolores Gámez (1851-1918), se empeñan para que el Congreso de la República decida enviarlo a España con el objeto “de que obtenga una educación que corresponda a las elevadas dotes intelectuales que ya revela” —decía el proyecto. El 17 de enero, en el Palacio Nacional— durante la recepción ofrecida por el presidente Joaquín Zavala a los congresales con motivo del inicio de sus labores—, lee sus cien décimas “El libro”; los liberales le aplauden por sus conceptos librepensadores, mientras los conservadores fruncen el ceño. Al concluir la lectura, el presidente del Congreso, Pedro Joaquín Chamorro, llamándolo aparte, le dice:

—Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?

A pesar del dictamen favorable del diputado Manuel Cuadra, el proyecto es modificado y queda así: Único. *El gobierno de Nicaragua habrá de colocar por cuenta de la nación al inteligente joven pobre Rubén Darío, en el plantel de la enseñanza que más estime conveniente para completar su educación.* Se le sugiere, entonces, el Colegio de Granada; pero él, por sus raíces leonesas, no acepta. En esa fecha, 30 de enero de 1882, tenía tres días de haber visitado la Gran Sultana, invitado por el senador Anselmo H. Rivas, director de un semanario: *El Centro Americano.*

Su poema en el álbum de Carmela Benard

Luego es asediado por niñas distinguidas que radican en la capital, como Carmela Benard, —hija del Ministro de Hacienda, Emilio Benard—, a quien el 13 de febrero le deja escrito en su álbum tres estrofas; la última consta de nueve octosílabos.

*Me mirarás, en verdad
Que en estos pobres rumores
Te va a colmar de flores
El ángel de la amistad.
Deja, pues, que un canto mío
Coloque en tu álbum querido
Y en pago de ello te pido
Que no arrojes al olvido
Al cantor Rubén Darío.*

La velada artística de la primera dama

La esposa del presidente, Mercedes Barberena de Zavala, requiere también de su presencia para una velada que organiza con sus hijas

Amelia y Mercedes. La noche del 16 de abril se realiza el evento en el salón de la Cámara de Diputados. Su objetivo era coleccionar fondos para la construcción del edificio del Hospital General de Managua. Asisten el mandatario y todo su gabinete. Barrios —secretario de la “Sociedad de Beneficencia” y director artístico de la velada—, pronuncia el discurso de apertura; las señoritas Rosa e Isabel Solórzano ejecutan al piano “La italiana en Argel”; el polaco José Leonard y el cubano Antonio Zambrana también intervienen. Leonard disertando sobre la música; y Zambrana hablando sobre la “historia de la palabra”. La crónica del periódico *El Porvenir de Nicaragua* (Managua, 22 de abril, 1882) informa que la cuarta parte “fue iniciada por el Sr. Rubén Darío con la lectura de una armoniosa poesía”. Se refería al poema “Serenata”, dedicado a la primera dama: *Señora: allá en la tierra del sándalo y de la goma, / bajo el hermoso cielo de Arabia la Oriental... comenzaba, inspirado en el libro “Las Orientales” del español José Zorrilla (1817-1893), para ofrecer a doña Mercedes una corona formada / con magnolias de Granada / y con mosquetas de León.*

Crítica a la Real Academia y retratos en verso de la “Prensa nicaragüense”

El 29 del mismo mes de abril, Darío publica en *El Porvenir de Nicaragua*, de Fabio Carnevalini (1829-1896), una especie de manifiesto contra la Real Academia Española, en el que plantea una reforma del idioma, motivado por su voluntad americana de independencia: *Las emancipadas hijas de España, han querido introducir los principios liberales, proclamadas por ellas en política, aún en el lenguaje.* Tiene 15 años y su producción figura en revistas y periódicos de toda la región del Pacífico. Tanto está al día de la vida intelectual que retrata en versos las trece publicaciones periódicas que circulaban en el país.

En esta composición, “Prensa nicaragüense”, no disimula sus simpatías por los órganos en los cuales colabora, como *El Ferrocarril* y *El Cardenista*, ambos editados en Managua. Al primero, bajo la dirección de su amigo Jesús Hernández Somoza, lo describe en endecasílabos: *Bien arreglado, bien impreso, bueno, / Maldice a Tamerland, canta a Bolívar, / Al que está mal con él le da veneno;*

/ Siempre será pulido, siempre ameno; y al segundo —fundado exclusivamente para hacer propaganda a favor de la candidatura del doctor Adán Cárdenas—, en tetrasílabos: *Bien bonito, / bien aseado,*

/ bien escrito, / bien pensado. / ¡Dios asista / al hermoso / y estudioso

/ “Cardenista”!

Por otra parte, *El Porvenir de Nicaragua* —editado también en Managua— le merece este quinteto en octosílabos: ¡Helo! valiente campeón / del *cardenista partido*, / *más viejo que Salomón* / *con tal fuerza de razón* / *jamás será vencido*.

Deslumbrado ante la niña Rosario

Entonces conoce a una niña de once años no cumplidos, pues había nacido el 10 de agosto de 1871 en Managua: Rosario Emelina Murillo. ¿El escenario? Otra velada capitalina. Oyéndola cantar, se deslumbraba ante ella: de piel canela, talle juncal, cuello esbelto, vivaces ojos verdes y voz melodiosa e hipnotizante. Mercedes, la madre de Rosario, es propietaria de una pensión donde se hospedan selectos hombres públicos. Atraído por la *garza morena*, Rubén se torna asiduo cliente del comedor; pero su presencia incomoda a doña Mercedes.

En su vejez, Rosario contaría: *Era tan aturdido Rubén que en cierta ocasión, y por caminar sin dejar de mirarme, tropezó con una piedra que lo hizo caer de bruces.*

Huida a El Salvador (agosto, 1882 - octubre, 1883)

Mas el joven soñador ha contraído en Managua deudas que no puede cancelar: sumadas a las anteriores de León, lo obligan a marcharse a Chinandega, donde se halla el 3 de julio, huyendo de sus acreedores, a quienes debe más de cien pesos fuertes. Al respecto, Valentín de Pedro anota:

Puede que en sus últimos momentos de permanencia en la capital hablase de casarse, en un raptó de apasionado frenesí, como también que sus amigos celebraran semejante ocurrencia con una homérica carcajada. [Él tenía 15 años y Rosario 11]. Si se marchó de Managua fue porque no podía prolongar por más tiempo su permanencia en la capital; y no podía tener esperanza alguna de que se modificara lo acordado con respecto a la forma en que podría gozar la protección gubernamental.

Por eso en *El Ferrocarril* del citado 3 de julio había publicado unos versos —significativamente titulados “Ingratitud”— que eran fiel reflejo de su estado de ánimo en aquellos instantes, y cuyas cuartetas, primera y última, decían:

***Allá va siempre afligido
Aunque aparenta la calma
Las tempestades de su alma
Condensa en hondo gemido.***

(...)

***Melancólico y sombrío
Allá va. ¿Sabéis quién es?
Oíd si lo ignoráis, pues:
El poeta Rubén Darío.***

Por eso también decide partir a El Salvador, adonde llega a principios de agosto. En la capital cuscatleca lo apoya económicamente el presidente Rafael Zaldívar y prosigue su inagotable capacidad de imitación en “La poesía castellana”, aparecida el 15 de octubre en *La Ilustración Centro-Americana*. Esta composición no es sino un consciente calco y una recreación directa del espíritu y la letra de sus antecesores en lengua española, o mejor: desde el anónimo “Cantar del Mio Cid” hasta los últimos representantes del siglo XIX.

Asimismo, con Francisco Gadivia —discípulo, como él, de Víctor Hugo— descubre adaptar el alejandrino francés al español. Imparte clases de gramática y se le edita su primer folleto, feliz ejemplo de retórica neoclásica: *Al libertador Bolívar*, oda que da lectura el 24 de julio de 1883. En esa fecha conmemorativa del centenario del Libertador, se estrena su “Himno a Bolívar” con música del maestro italiano Juan Aberle. A los meses, regresa a Nicaragua y reanuda su interés por la “la garza morena” en Managua. Él tiene 16 años y ella 12.

Al final de año, la Tipografía de J. Hernández, en León, le edita otro poema, esta vez dedicado al presidente de Guatemala Justo Rufino Barrios: *A la Unión Centroamericana*, fechado el 19 de diciembre de 1883.

1884

Lector y empleado de la Biblioteca Nacional

Comienza a trabajar en la Biblioteca Nacional, nombrado por su director Modesto Barrios. *Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible* —recordaría—, en primer lugar, las introducciones a la biblioteca de Autores Españoles de la Colección Rivadeneyra y los principales clásicos de nuestra lengua; luego —a sugerencia del

siguiente director, el poeta, humanista y políglota Antonino Aragón (1835-1896)—, los clásicos y latinos; finalmente, literatura francesa moderna.

Así se inspira para practicar la *écriture artiste*. No sólo asimila mucho “Hugo fuerte”, de quien traduce fragmentariamente “Los cuatro días de Elciis”; también se familiariza con el refinado decorativismo de Theophile Gautier, con la forma marmórea o parnasiana de Catulle Mendès, la convicción preciosista de Francisco Coppeé y el Flaubert de *La tentation de St. Antoine*. Por esas lecturas llega a dominar el francés. En suma, se forma y forja sus humanidades.

El “Barrio Latino”

Vive en la casa que alquilaba Modesto Barrios (esquina N.E. de la cuarta calle N.O), ocupando parte de un corredor interior. Sujeta de dos recios pilares, una hamaca le sirve de lecho por las noches y a la hora de la siesta. Por todo mobiliario tiene un vetusto cofre de madera en el cual guarda su escasa indumentaria. El poeta había ido a aumentar el número de inquilinos que ya compartían la vivienda con el licenciado Barrios, y eran cinco, todos ellos gente de pluma: Jesús Hernández Somoza, Felipe Ibarra, José Dolores Espinoza, el español Manuel Riguero de Aguilar y el salvadoreño Félix Medina, esto es, la plana mayor de *El Ferrocarril*, *La Gaceta* y *El Porvenir de Nicaragua*.

La casa de Barrios estaba enclavada en un lugar al que la población capitalina llamaba “Barrio Latino”, sin duda porque en su perímetro se agrupaban los talleres de esos periódicos y sus oficinas de redacción, y dentro de él vivían o lo frecuentaban poetas, escritores y periodistas. *En la esquina del Noroeste tenía su botica y su consultorio médico el doctor Jerónimo Ramírez, uno de los más importantes miembros de aquel círculo de intelectuales. En la esquina opuesta estaba la imprenta de El Ferrocarril y dos cuadras hacia el Sur tenía la suya El Porvenir de Nicaragua y su casa de habitación don Fabio Carnevalini, director de ese periódico. Hacia el Oriente y a una media cuadra de*

distancia estaban los talleres de la Imprenta Nacional y la dirección de La Gaceta a cargo del publicista José Dolores Espinoza. Siempre en la calle de El Triunfo se encontraba la imprenta de El Mercado, periodiquito semanal que dirigía Rafael A. Rivas.

Con los profesores franceses de la Escuela de Artes y Oficios

Rubén frecuenta a los ingenieros franceses —Blanchard, Ronfaut, Putzeys— de la Escuela de Artes y Oficios, recién fundada en Managua por el presidente Cárdenas. Extasiado, escucha de ellos

—tiene diecisiete años— las narraciones de la vida parisiense y el adelanto de la Ciudad Luz en artes y ciencias; así el 14 de julio, en la celebración oficial de la toma de la Bastilla, improvisa —a instancias de Cárdenas— *inspiradas estrofas sobre aquella épica jornada, acontecimiento consignado por el diario francés Les Monitor des Consultas de Paris.*

En la Secretaría de la Presidencia

Es llamado por Pedro Ortiz (1859-1892), para trabajar en la Presidencia de la República. Con él reúne libros nacionales para remitirlos al escritor Ricardo Palma, director de la Biblioteca Nacional del Perú, que los había solicitado. Su trabajo le da suficiente *para vivir con cierta comodidad* —puntualizaría en *La vida de Rubén Darío contada por él mismo.*

En visita a la ciudad de Granada, se hospeda en el Hotel de los Leones del 12 al 29 de julio y declara su oficio: *lírico*. Enseguida, integra la comisión presidencial que asiste al encuentro de los presidentes de Nicaragua (Cárdenas) y El Salvador (Zaldívar) en San Juan del Sur y Corinto, por el cual se firma una alianza defensiva el 13 de agosto ante la amenaza bélica del presidente de Guatemala Justo Rufino Barrios. El poema de Rubén no puede faltar.

Terminada la gira presidencial, pasa en Managua las tradicionales fiestas de Santo Domingo, entre “músicas, paseos, enmascarados, carreras de caballos, caricatura de locomotoras y barcos, procesiones y juegos públicos” —dice la crónica de la época.

Tras cortos viajes a Granada y enseguida a Masaya, publica en *El Ferrocarril* su epístola “A Juan Montalvo”; y luego recita otra composición poética en el Palacio Nacional el 15 de septiembre. Se lee en *El Porvenir de Nicaragua* tres días después: *El señor presidente convidó a varios señores, señoritas y caballeros, a uno de los nuevos salones del Palacio para oír un discurso del señor general don Ramón Sarria, que dejó muy satisfecho al auditorio, obra del Sr. don Rubén Darío, leída aquella, improvisada ésta y ambas muy aplaudidas.*

No sin permanecer en León, logra compilar y entregar a la Imprenta Nacional su poemario *Epístolas y poemas*.

1885

Ante las pretensiones unionistas del presidente de Guatemala, Justo Rufino Barrios, los otros gobiernos centroamericanos se le oponen, incluyendo Costa Rica. Darío aporta al país un “Himno de Guerra”, cuyo “coro de ancianos” es memorable: *Ruda suena la trompa guerrera; / cada libre, que sea un león: / Nicaragua señala altanera / ese blanco y azul pabellón.*

En abril firma un ensayo que envía a la *Revista Latino-americana* de México, dirigida por el doctor Francisco de la Fuente Ruiz, sobre la producción intelectual de Centroamérica. En dicho ensayo — inserto en el número correspondiente del 15 de julio— informa: *Está imprimiéndose un volumen de versos de un humilde servidor de ustedes.* Pero no se concluye por el daño a la Imprenta Nacional causado por el terremoto del 11 de octubre que afecta a la capital y a otras ciudades del país. Sin embargo, quedan impresos sus 23 cuadernillos y 186 páginas.

En mayo asiste al banquete que le ofrece el presidente Cárdenas al recién llegado ministro de El Salvador general Juan J. Cañas (1826-

1918); al siguiente mes ingresa como redactor de *El Porvenir de Nicaragua*, ahora dirigido por Hernández Somoza y firma sus crónicas y gacetillas con el pseudónimo *Ursus*. Ejerciendo ese oficio, entrevista a otro general y también recién llegado a Managua: el ecuatoriano Eloy Alfaro. *Es de baja estatura, rostro simpático, agradable conversación. Le hablé de la Patria; le hablé del Ecuador, esa tierra hermosa que tiene siempre la planta de los tiranos del partido retrógrado.*

Desde entonces data la fotografía de Rubén —tiene 18 años— tomada en el estudio del tudesco Hermann, instalado en Managua desde 1883.

Cenas, brindis y concierto

El 3 de diciembre se inaugura en el Palacio Nacional a primera línea telefónica de Nicaragua: entre Managua y Masaya. Por decisión de José Pasos, director general de Comunicaciones, Rubén es —después del doctor Cárdenas— el segundo en hablar por teléfono. Participa en la cena que varios amigos organizan en el Hotel Central para celebrar la Purísima. Su brindis en verso es inevitable.

El 19 del mismo mes forma parte del grupo de periodistas y amigos de Eugenio López, político y ex jesuita recién expulsado de El Salvador, quienes le obsequian un concierto. Una apreciable caricatura de López, trazada por Rubén, preside la sala. Según el *Diario Nicaragüense* de Granada, *a las once de la noche salieron los concurrentes de la casa con la orquesta, y se dirigieron frente al Palacio, donde dieron una serenata al señor Presidente, ejecutando la orquesta pieza escogida, en medio de entusiastas vivas al Gobierno y a la causa del orden y de la justicia.*

Su homenaje poético a Víctor Hugo

El 21 de junio muere Víctor Hugo, pontífice del romanticismo, en París. Al enterarse, Rubén le rinde homenaje en los 42 sextetos alejandrinos de su composición “Víctor Hugo y la tumba”. El Momotombo, divisado desde Managua, figura con el cacique Nicarao en dicha composición:

*y en medio de dos océanos se eleva Momotombo
diciendo es el quien debe su acento levantar,*

*Momotombo, caduco, ante la tumba exclama:
“Soy el viejo coloso que bajo el cielo brama:
en el centro de América, atalaya avisor:*

*Víctor Hugo ha cantado en mi nombre y mi fama,
y aquí estoy con mi tiara de sombras y mi llama,
sintiendo en mis entrañas de la selva el hervor.*

*Esta, la hermosa tierra del viejo Nicarao,
con sus lagos do surca por el vapor la nao,
con sus bosques do extiende su copa el guayacán.*

El 11 de julio difunde su artículo “El siglo XX” —siempre en *El Porvenir de Nicaragua*— donde critica, no sin ironía, el progreso local; refiriéndose a Managua, apunta: *Las calles estarán empedradas y compuestas o siquiera limpias, y habrá aceras y las ventana no saldrán a la calle, como espiando al que pasa, y los barberos no le llevarán a uno la barba con quijada y todo.*

Siete días más tarde, en compañía de Jesús Hernández Somoza, parte hacia León para despedir, hasta Corinto, al doctor Modesto Barrios, quien se dirige a Nueva York. A mediados de agosto difunde y comenta, en el “Folletín” de *El Porvenir de Nicaragua*, el poema “La

pesca” de Gaspar Núñez de Arce (1832-1903). A finales de septiembre, en sociedad con Pedro Ortiz y Eugenio López (“El Padre Cobos”), deciden alquilar la imprenta de Hernández Somoza en Managua para fundar un semanario. Los tres serían directores y *El Imparcial* su título.

A principios de diciembre, en el citado “Folletín”, se publica su traducción “La llama azul”, cuento de Catulle Mendès, modelo de sus futuras piezas de ambientación parisiense, incluidas en *Azul...*

1886

Preocupado por el ornato de la capital

La noche del primer día del año Rubén asiste al “Salón de Recreo” que ha instalado en el segundo piso de su residencia José Ángel Robleto, acaudalado y progresista comerciante de Managua. Le interesa el adelanto cultural y el ornato de la ciudad. De ahí que en el primer número de *El Imparcial*, publicado el 8 del mismo mes, su pluma se torna satírica contra los funcionarios que descuidan la higiene (*grande enemiga de la salud*), los guardas del cementerio San Pedro que dejaban pastar en sus terrenos reses y caballos, y el Inspector del Palacio, quien permitía a una vendedora de tiste y otras yerbas instalarse en el corredor que daba a la plaza.

Se preocupa por la limpieza de las calles. *Os grima* —señalaba en una gacetilla— *circular por algunos lugares céntricos de Managua, donde polvo, basura y cuanto Dios creó, lo ponen a uno como nuevo a poco el viento se empeñe en ello.*

Entre las secciones de *El Imparcial*, como se vio, destaca en primera página el “Folletín”, iniciado con una traducción —que Darío presenta— de la célebre novela de Honorato de Balzac: *La piel de zapa*. Mientras tanto, el joven presto a cumplir diecinueve años se traslada a una habitación del Hotel Nacional, tornándose pródigo y teórico en deudas; la de un sastre es cancelada por su amigo médico (de

quien había recibido clases de primaria en León: Jerónimo Ramírez), respondiendo a una solicitud en verso: “La profecía de Horacio”, conservada inédita por los herederos del doctor Ramírez. Mas en su artículo “Deudas y deudores”, Rubén justifica su insolvencia:

En todos los tiempos, los grandes hombres han vivido llenos de deudas. Sé, de buena tinta, que Homero debía unos cuantos sestercios a un vecino suyo; que Alejandro no pagó su espada ni su casco de batalla; que César debía no sé cuantas pagas a sus legionarios; que un Rey de Navarra, perdió la soberanía de Castilla por una deuda; que Juan sin Tierra debía hasta la camisa; que Carlo Magno, debía el escudo; que don Pedro de Castilla debía más de lo que valía su reino; que no sé qué Papa, debía hasta la tiara; que Francisco I no pagó su rescate; que el Duque de Alburquerque empeñó sus lingotes y no se acordó de desempeñarlos; que Cervantes, Colón, Mazarino, Bossuet, Chateaubriand, Lamartine, Danton, Mirabeau y Napoleón I debían a las once mil vírgenes.

El 15 de julio publica una “Cantilena (A Celia Elizondo)”, que es cuestionada por el crítico gramatical de Granada Enrique Guzmán; pero, inmediatamente, Darío le replica, con pasmosa erudición, no sin antes celebrar el 18 sus 19 abriles en el Hotel Nacional, donde echa su cuarto por la ventana.

La iniciativa del viaje a Chile

El 4 de febrero colabora en *El Mercado*, otro semanario de Managua, con tres “Poesías griegas”, dos de ellas traducciones de Melcagro y Anacreonte, y el 21, en *El Imparcial*, con una semblanza de Vicuña Mackenna, fecundo literato chileno recién desaparecido. Su compañero de hotel, el ilustre hombre público e intelectual salvadoreño, Juan J. Cañas (-) ha sido fuente oral de esa semblanza. El mismo Cañas le aconseja:

—Vete a Chile. Es el país donde debes ir. Vete a nado, aunque te ahogues en el camino.

Rubén encuentra un amigo en el párroco de la Iglesia San Antonio, Julián García, quien le inspira su poema “La plegaria”, aparecido el 14 de marzo en *El Imparcial*. La silva del Siglo de Oro es el metro que elige: *Vi que las sociedades / están llenas de fango y de inmundicia; / y hallé muchas maldades / y vi tanta la malicia / que temblé meditando en su justicia*. El padre García, con quien se había confesado, levantando su diestra y haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz, dijo a Rubén:

—*Que Dios te bendiga, hijo mío. Yo rogaré para que vuelva la paz a tu espíritu y para que se cumplan tus deseos. ¡Has de irte a Chile!*

¡Dios guiará tus pasos!

[Casi nada se sabe de este cura capitalino, según Diego Manuel

Sequeira: de *beatífica figura*].

“La pluma azul”

Luego participa en un certamen interno de *El Imparcial*, con Pedro Ortiz, Eugenio López (El Padre Cobos) y Manuel Rigüero de Aguilar. Su tema es “La pluma azul”. La pieza de Rubén se publica el 21 de marzo y en ella idealiza su relación con Rosario Murillo a través de una delicada mitificación. La pluma azul (que ha sustituido las saetas de Cupido) es lanzada por Venus a un río que el narrador bautiza “Río Rosas” o “Río de las Rosas”; mas, como la diosa del Amor lamenta la pérdida de la encantadora “pluma”, el Padre de los dioses resuelve el conflicto consolándola con esta decisión: *la Rosa que lleve el nombre de ese Río tendrá en sus ojos el irresistible encanto de la pluma azul*. Obviamente, construía el nombre de Rosario. Y Darío termina este temprano tratamiento mitológico en su prosa de ficción procedente de “La Grecia de la Francia”, con otra declaración de amor que prosigue el efecto juego de palabras: *Desde entonces Río y Rosas o Rosa y Río,*

de cualquier manera se convierten estos nombres en una mujer. El canto de esa mujer es irresistible / ¡Ay del que la mire!

Su pieza teatral “Cada oveja”

Estimulado por el actor —de nacionalidad española— Pepe Blen, Darío elabora un sainete que se estrena el 1° de abril:

“Cada oveja”. Se trata de una pieza cómica en verso y prosa, llena de chistes, criticada en *El Mercado*. Aquel maricón es inverosímil. Y aunque lo fuera, ¿qué muchacha, por más romántica que la supongamos, se enamora de él a primas y primeras? Las mujeres, aunque hayan leído muchas novelas, muchos versos, no dejan de ver con desprecio a los maricones. Aquel viejo e impertinente militar que nos metía a cada paso sus bemoles, y que metía a su hija a Carvajal hasta las narices, es imposible. No hay padre por muy estúpido y desvergonzado que suplique a un militar casarse con su hija. Aquello de Carvajal que declara su amor a... , y allí mismo se conierta con ella su matrimonio, es inverosímil. Aunque hoy los matrimonios se hacen a vapor, todavía no es posible que se hagan a relámpago. Tal vez en el siglo XX...

El 17 de mayo Rubén parte hacia Granada en tren expreso —con el Inspector General del Ejército y su Estado Mayor, más la banda marcial y una compañía de honor. Va en la gira del presidente Cárdenas, que tiene el itinerario siguiente: a través del Gran Lago, en el vapor “Victoria”, hasta San Jorge; por tierra, en diligencia, a Rivas y San Juan del Sur; por mar, en barco, a Corinto; en ferrocarril, a Chinandega, León y Momotombo; y de allí, en pequeño vapor, surcando el Xolotlán, a la capital.

El 30 del mismo mes se anuncia su viaje a Chile, costado por el presidente Cárdenas. Al día siguiente, se embarca en el vapor “Amelia” hacia Momotombo, donde toma el tren para León; en el trayecto admira desparramarse candente lava del volcán. En la metrópoli inicia su aprendizaje del inglés con Daniel Deshon y ya no retornará a Managua sino casi tres años después: hasta marzo de 1889.

Su carta de despedida a Rosario Murillo

Sin embargo, en la capital ha escrito una carta de despedida a Rosario Murillo (de quince años), su primer gran amor apasionado. Suscrita el 12 de mayo de 1886, es tan reveladora e intensa que vale la pena transcribirse:

Rosario:

Esta es la última carta que te escribo. Pronto tomaré el vapor para un país muy lejano donde no sé si volveré. Antes, pues, de que nos separemos, quizá para siempre, me despido de ti con esta carta.

Te conocí tal vez por desgracia mía, mucho te quise, mucho te quiero. Nuestros caracteres son muy opuestos y no obstante lo que te he amado, se hace preciso que todo nuestro amor concluya; y como por lo que a mí toca no me sería posible dejar de quererte viéndote continuamente y sabiendo lo que sufres o lo que has sufrido, hago una resolución y me voy. Muy difícil será que yo pueda olvidarte. Sólo estando dentro de mí se podría comprender cómo padezco al irme; pero está resuelto mi viaje y muy pronto me despediré de Nicaragua. Mis deseos siempre fueron de realizar nuestras ilusiones. Llevo la conciencia tranquila, porque como hombre honrado nunca me imaginé que pudiera manchar la pureza de la mujer que soñaba mi esposa. Dios quiera que si llegas a amar a otro hombre encuentres los mismos sentimientos.

Yo no sé si vuelva. Acaso no vuelva nunca. ¡Quién sabe si iré a morir en aquella tierra extranjera! Me voy amándote lo mismo que siempre. Te perdono tus puerilidades, tus cosas de niña, tus recelos infundados. Te perdono que hayas llegado a dudar de lo mucho que te he querido siempre. Si tú te guardaras como hasta ahora, si moderando tu carácter y tus pequeñas ligerezas siguieras en la

misma vía que has seguido durante nuestros amores, yo volvería y volvería a realizar nuestros deseos. Tú me quisiste mucho, no sé si todavía me quieres. ¡Son tan volubles las niñas y las mariposas!...

Mucho me tienes que recordar si amas a otro. Ya verás. Yo no tengo otro deseo sino que seas feliz.

Si estando como voy a estar (sic) tan lejos, me llegase la noticia de que vivías tranquila, dichosa, casada con un hombre honrado y que te quisiera, yo me llenaría de gozo y te recordaría muy dulcemente. Pero si me llegase a Santiago de Chile una noticia que con sólo imaginármela se me sube la sangre al rostro; si me escribiese algún amigo que no me podrías ver frente a frente como antes..., yo me avergonzaría de haber puesto mi amor en una mujer indigna de él. Pero esto no será así, estoy convencido de ello.

Pongo a Dios por testigo que el primer beso de amor que yo he dado en mi vida fue a ti...

Ojalá que nos podamos volver a ver con el mismo cariño de siempre, recordando lo mucho que te quise y te quiero. Adiós, pues, Rosario.

En su autobiografía, el poeta confesará que la causa de su partida de Nicaragua fue “la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado”.

En *El Imparcial* de Managua, el viernes 4 de julio, el cronista

Genaro Lugo había publicado esta gacetilla:

Rubén Darío ha partido para Chile en busca de mayor gloria o mayores desengaños. Desde que el poeta llegó a la capital fuimos de los primeros en reclamar la protección del Estado a favor de sus inapreciables disposiciones, y el verle hoy marcharse en pos de su ideal, hacemos votos para que corone su carrera para él y para la patria.

II. La estadía fugaz a su regreso de Chile (marzo-abril, 1889)

Don Rubén Darío se halla en Nicaragua. Sabemos que ha sido muy bien recibido. Con pruebas de simpatía y con demostraciones de entusiasmo. Enviamos cordialmente saludo al joven poeta y le deseamos felicidad en el seno de la patria.

A. H. Rivas

(El Diario Nicaragüense, núm. 1395, Granada, martes 18 de marzo, 1889.)

A SU retorno de Chile, Rubén se encuentra de nuevo en Managua. Gobierna Evaristo Carazo, quien se ha informado de su estadía chilena a través de cartas enviadas por Eduardo Poirier (1860-1924), Encargado de Negocios y Cónsul de Nicaragua en Valparaíso. En la del 10 de febrero de 1889, el diplomático ha escrito al mandatario: *Rubén partió a su país por el último vapor (“Cachapoal”) hace hoy una semana (...) al vapor no le acompañaron sino el infraescrito y cuatro o cinco jefes obreros, quienes le habían dado el día anterior un banquete de despedida (...) lleva la esperanza de obtener de usted una Secretaría de Legación en Europa y me ha pedido le recomiende al efecto.*

Visita a Rosario

El poeta, ya seguro de sí mismo, ha macizado su carácter y aprendido a vivir de su pluma. De 22 años le precede la fama catapultante de su libro chileno *Azul...*, de vasta repercusión en el orbe hispánico. El 7 de marzo arriba a Corinto. Visita a parientes que viven en el puerto antes de partir en tren hacia León. Tras unos días con su tía abuela Bernarda Sarmiento y sus amigos y numerosos admiradores, llega a la capital con el inevitable objeto de visitar a Rosario Murillo.

Rubén viste elegante. Le acompañan el notable abogado Pedro González y el combativo periodista Pedro Ortiz. Rosario, de dieciocho años cumplidos, ha crecido en esplendor y todo parece indicar que su relación culminaría en matrimonio. Pero...

Su fotografía tomada por Paco Aguirre

Por su parte, Rubén se ha transformado físicamente. Una fotografía de tres cuartos (ni de frente ni de perfil) lo revela. Fuerte bigote bien atusado y barba cuidada con esmero le dan un nuevo *look* a su rostro. Francisco (Paco) Aguirre, cubano establecido en Managua se la ha tomado en su estudio, el de mayor clientela de la ciudad.

Rubén: ¿Subsecretario de Fomento?

Circula la noticia de que Pedro González será nombrado Ministro de Fomento, y Rubén Subsecretario; sin embargo, es sólo un rumor. En Managua encuentra a varios amigos del “Barrio Latino”. Sin embargo, el ambiente es poco propicio para esparcimientos mentales. En carta a su abogado en León, José Francisco Aguilar, retrata dicho ambiente: *Reina como siempre la política (...) Es una gran agitación sorda, de muchas fuerzas más o menos poderosas, alrededor de un punto fijo*. Además, le da instrucciones para arreglar su *asunto* —la pequeña herencia que le ha dejado su padre Manuel Darío, fallecido el 5 de noviembre de 1888—: *Que se arreglen los gastos, se le pague a la señora viuda de Alvarado* [su tía Rita Darío, casada con Pedro Alvarado, cónsul de Costa Rica en León] *y que se remita lo poco restante a Managua*.

Hospedado en casa de don Felipe Chamberlain

Aquí reside, hospedado en casa de su amigo Felipe Chamberlain, Superintendente del Ferrocarril de Oriente; el mismo Chamberlain, y Jerónimo Ramírez, lo disuaden de contraer matrimonio, argumentando que se truncaría su trayectoria intelectual.

El testimonio que diera Rosario, muchos años más tarde, lo confirma:

El mismo día que llegó Rubén a Managua, visitó mi casa a las siete de la noche, en unión de Pedro González y Pedro Ortiz. Mi sorpresa fue grande al notar a Rubén, no ya al muchacho feo y peludo de antes, sino a un hombre en plena juventud, esbelto, bien vestido y guapo. Y estaba encantada. Rubén era ya una gloria de Nicaragua. Sus triunfos en Chile habían definido las bases de su personalidad. Reanudado el noviazgo, se arregló el matrimonio.

Y agrega:

Por ese tiempo estaba por casarse Amelia y Emilia Díaz, hijas del general don Carmen Díaz. La primera con Pedro Ortega y la segunda con José Pasos. Dada nuestra amistad con la familia Díaz, me dispuso que los tres casamientos se efectuaran en la misma fecha. Hechos los preparativos de todo, quiso la desgracia que por influencia del doctor Jerónimo Ramírez y de Felipe Chamberlain, que lo querían alejar de aquí para que no cortara su carrera literaria casándose tan joven, según ellos, Rubén hizo su viaje a El Salvador.

De viaje otra vez a El Salvador

De manera que el primero de mayo abandonó por tercera vez Nicaragua en dirección, de nuevo, a tierra cuscatleca. Sus amigos — entre ellos Ramírez y Chamberlain— le habían financiado el pasaje.

Al llegar no más a San Salvador, Rubén le dedicaba este poema a Rosario Emelina Murillo, reiterándole y haciendo público la ardiente pasión amorosa que ella le inspiraba:

*Amada, espera espera.
Florecerá la luz en los altares,
y al llegar la amorosa Primavera
te hallará coronada de azahares.
Eres buena, eres casta,
y Dios belleza y gracia darte quiso,
para hacer de un hogar un paraíso
¡Oh, mi gloria y mi luz! Con eso basta.*

III. Huellas de otra estadía fugaz: los días previos a su misión oficial en España (28 de junio - 6de julio, 1892)

Rubén Darío está entre nosotros, como dijera uno de sus admiradores, con su lira de oro, su pluma azul, su imaginación vibrante. Ha venido llamado por el Gobierno a desempeñar la Secretaría de a Legación que representará a Nicaragua en el IV Centenario del descubrimiento de América por el inmortal Cristóbal Colón. Nos hacemos el honor de saludarle y desearle grata permanencia.

“Correspondencia. De León”,

(El Siglo XX, Managua, 29 de junio, 1892)

EN GUATEMALA, donde se había trasladado desde Costa Rica al ascender a la presidencia José María Reina Barrios, Rubén recibió por telégrafo la noticia de su nombramiento para representar a Nicaragua en las Fiestas Colombinas como miembro de la delegación encabezada por su pariente el funcionario Fulgencio Mayorga. Era presidente de la república el médico Roberto Sacasa, sucesor de Carazo desde agosto de 1869. Lamentablemente, el poeta no dejó huellas fehacientes de esta cortísima estadía en Managua.

Apenas se sabe que del 25 de junio data la publicación en *La Gaceta* del nombramiento de la misión integrada no sólo por Mayorga, y por él, sino también por el español Ramón de Espínola; emitido en León, dice: *Nombrar Jefe de la Comisión que ha de representar a Nicaragua en España, en la próxima celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, al señor ex ministro de Hacienda y miembros integrantes, a los señores don Rubén Darío y don Ramón Espínola.*

En el mismo número de *La Gaceta*, en su sección editorial, se comentó dicho nombramiento en términos elogiosos: *Don Fulgencio Mayorga es un caballero ilustrado, culto y un espíritu lógico excepcional. Ha viajado varias veces por Europa y los Estados Unidos, y habla, además de su idioma nativo, el inglés y el francés... Improvisa fácilmente y sus frases se distinguen por la discreción y la pulcritud. Rubén Darío — agrega la gacetilla—, el autor de Azul... es un poeta de vasto talento, de variadísima instrucción y cuyo nombre se recomienda por sí solo.*

Partí de Corinto —consignó el señor Mayorga— el día 6 de julio [de 1892] en compañía del distinguido literato don Rubén Darío, joya preciosa de las letras hispanoamericanas. La misión arribará a Madrid, donde le esperaba Espínola, el 14 de agosto.

¿Y Rosario Murillo? Sólo una huella suya se localiza en *El Diario de la Capital*, en cuyo número correspondiente al 3 de mayo de 1892 se había publicado otra gacetilla: “Reunión familiar”. En este convivio, de carácter artístico, participó la *garza morena*. Fue verificada en casa de don Adrián Zavala, empezando a las 7 y terminando a las 12. *La fiesta estuvo muy animada y los individuos fueron exquisitamente atendidos por los dueños de la casa. La señorita Chayo Murillo cantó admirablemente acompañándola en el piano el señor don Manuel Silva G.*

En el mismo diario —recién fundado en Managua y partidario del gobierno de Sacasa— se reprodujo el artículo de Rubén “Centroamérica” el 11 de agosto de 1892; originalmente había aparecido en *La Estrella de Panamá*. Dos afirmaciones hizo Rubén: *Nicaragua trabaja por su bienestar [y]:*

En Nicaragua los esfuerzos de la oposición han intentando turbar la tranquilidad pública, pero los movimientos antisacasistas han sido impedidos en su nacimiento por la actividad del excelentísimo Señor General Presidente don Roberto Sacasa.

Esta declaración motivó la gacetilla “Poeta agradecido” publicada en *El Día* (San José, Costa Rica, 10 de agosto, 1892). Sin duda, la elaboró uno de sus directores, Pedro Ortiz, amigo de Darío, y recién expulsado por el mandatario Sacasa. En otra gacetilla del mismo diario, publicada tres días después, se insistió en que la declaración sacasista de Darío tenía su origen en *un exceso de gratitud*.

El 22 de marzo, en *El siglo XX*, había publicado un cuarteto el admirador de la *garza morena*, Juan Ignacio Zavala, titulado “A la señorita Rosario Murillo”: *Bajo un cielo de dulce simpatía / Flor fragante, tan pura, tan lozana, / Abierta al boreal de la mañana, / Eso eres tú, beldad del mediodía*.

Por su lado, en el mismo diario, otro joven, J. Benito Guerra, declaraba: *La más inteligente, la más simpática, la más laboriosa es la señorita Rosario Murillo*. Y al mes siguiente, también en dicho diario capitalino, Augusto de Endymion —seguramente un pseudónimo— publicó el 17 de abril un artículo laudatorio, uno de cuyos párrafos decía:

Rubén Darío, si es verdad que ha tropezado con algunas dificultades, no ha dejado de salvarlas, abriéndose paso sin tardanza. Algún crítico nicaragüense ha llegado hasta negarle el numen de la poesía, dudando que en el alma de Darío agite sus alas el pájaro de la inspiración; pero esos pensamientos son gritos despechados de la envidia impotente ante la majestad del genio, del mismo modo que el búho deja escapar de su garganta un sonido estridente, al sentir que la luz del nuevo día hiere sus pupilas.

El 29 de abril *El Siglo XX*, de nuevo bajo la firma de Endymion, reconocía: *No faltan en nuestro país corazones femeninos que piensan con el cerebro como sienten con el alma. Cándida Rosa Matus, Chepita García, Celia Elizondo, Rosario Murillo y otras cuantas más se han hecho populares por sus bonitas elucubraciones, que han dado a la luz los periódicos nicaragüenses. Algunos de ellos han sido reproducidos en las hojas periódicas de otros países y eso debe alentarlas a proseguir en su carrera de triunfos.*

IV. Los tres meses decisivos (enero-abril, 1893)

En aquellos días que pasé en Managua, ocurrió el caso más novelesco y fatal de mi vida, pero al cual no puedo referirme en estas memorias, por muy poderosos motivos. Es una página dolorosa, de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años.

R. D.

(La vida de Rubén
Darío contada por él mismo,
cap. XXX)

EL 12 de enero está Rubén en la capital, procedente de León, como lo registra El Siglo XX del 13. *Grato sería que el señor Darío —se comenta en la gacetilla— permaneciese el mayor tiempo posible en esta ciudad en donde tiene amigos verdaderos, y que le sea agradable la visita.* Al día siguiente, en efecto, es obsequiado por Fernando Sánchez, presidente del Congreso, con una *espléndida retreta* ejecutada por la Banda de los Supremos Poderes. *El Hotel Lupone estuvo con este motivo muy frecuentado esa noche, y el joven poeta fue ardientemente felicitado por el feliz regreso a sus patrios lares.*

Según el mismo diario, el 17 A. Pons le dedica su poema “Predicciones” y el 18 se informa que ha sido contratado para escribir revistas, cuentos, artículos de actualidad, etc. Una pieza narrativa aparece en el número de ese mismo día (el de su cumpleaños): “Santa Claus en Panamá” y otra, de arte, “Ranvier: La infancia de Baco” en el del 20.

Su nombramiento de cónsul general de Colombia en Buenos Aires

El 24 de enero el gobierno del doctor Sacasa acuerda nombrarlo cónsul de Nicaragua en la ciudad de La Plata, República Argentina; pero Rubén preferiría el nombramiento prometido del presidente de Colombia Rafael Núñez, decretado el 17 de abril, cuando ya estaba en Panamá. Allí tuvo que proseguir su viaje a Buenos Aires —pasando antes por Nueva York y París— sin su esposa Rosario. Ella regresaría a Managua, donde el 26 de diciembre daría a luz un niño: Darío Darío; pero falleció casi inmediatamente. *Murió de tétanos, porque mi mamá le cortó el cordón umbilical con unas tijeras que no estaban desinfectadas* —confesó Rosario, ya sexagenaria, al periodista Edgardo Prado.

El 25 su amigo Francisco Huerdo publica una nota en *El Siglo XX*: “Viaje de Rubén”. Ese mismo día ancla en Corinto el vapor “Costa Rica”, que trae los restos del funcionario gubernamental Vicente Navas y Rubén se dirige a León para asistir a sus funerales. Mientras tanto, ha escrito el prólogo para el libro *Historia de los tres años* —una apología de la administración Sacasa— escrita por su amigo Jesús Hernández Somoza.

Participando en la velada fúnebre del licenciado Navas, en la Universidad de León, se le avisa desde San Salvador la gravedad de su esposa Rafaela Contreras, quien realmente ha fallecido. Rubén lo comprende y se retira a llorar su pena. *Pasé ocho días sin saber nada de mí*, —referirá en su autobiografía—. *Pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentas de las bebidas alcohólicas.*

El 11 de febrero *El Siglo XX* anuncia que los comerciantes importadores José Mejía Bárcenas y Antonio Marengo, establecidos en Managua, venden a dos pesos la segunda edición de *Azul...* El 16 Rubén colabora en dicho diario con una semblanza de León XIII, datada en la capital seis días antes; ha regresado, por tanto, de León.

Su matrimonio en casa de Ángela Murillo de Solórzano

En esas circunstancias es víctima de la *página dolorosa de violencia y engaño*, protagonizada por Andrés Murillo y su hermana Rosario, y que terminará en matrimonio forzado, aunque sin revólver intimidante como se ha difundido. Porque el 8 de marzo, a las 7 p.m., tiene lugar su casamiento con Rosario. De acuerdo con los datos suministrados por *El Siglo XX*, monseñor doctor don Rafael Ramírez es el celebrante, autorizado por el párroco de Managua, presbítero Alejandro Obregón, quien había ocurrido *de antemano a Su Señoría Ilustrísima* [el obispo Francisco Ulloa y Larios] *con la documentación respectiva*.

Madrinas fueron la señora doña Ángela Murillo de Solórzano y la señorita Javiera Murillo, hermana de la contrayente; padrinos los señores doctores J. F. Navas y don Carlos A. Murillo. Según versión de la novia, dada en los años 40 del siglo pasado a Octavio Rivas Ortiz, la ceremonia se verificó en casa de su hermana Ángela. *Fue el acto privado. Asistieron solamente: el oficiante monseñor Rafael Ramírez, de Chinandega, capellán del Presidente; mi cuñado, don Francisco Solórzano L.; mi hermana Ángela y el meritisimo maestro cubano [Desiderio] Fajardo Ortiz, inválido de las piernas. También Manuel Maldonado. Por aquel tiempo no existía el matrimonio civil.*

Tengo el honor de despedirme de mi Jefe

Quince días después —el 22 de marzo de 1893— Rubén fechaba en Managua su carta de despedida al gobernante que lo había distinguido con el nombramiento de Comisionado de Nicaragua a la celebración en Madrid del IV Centenario del Descubrimiento de América.

Excelentísimo señor general presidente de la República

Don Roberto Sacasa

Mi muy distinguido señor:

Hoy parto para Corinto, en donde tomaré vapor para Panamá en viaje a Buenos Aires. Como Cónsul.

Tengo la honra de despedirme de mi Jefe como amigo personal de Vuestra Excelencia el gusto de renovarle las muestras de mi más cordial simpatía.

Ojalá pueda yo servir a mi país como lo deseo y encuentre oportunidad, en mi nueva residencia, de poder ser útil a mi Señor general Presidente.

Mi deseo fue el de pasar personalmente a ver a Vuestra Excelencia al partir, pero circunstancias especialísimas me lo han impedido.

Póngame a los pies de su distinguida señora.

Dé mis mejores recuerdos a su estimable familia, y mande

[ilegible] su Excelencia a su atento y seguro servidor y amigo.

Rubén Darío

V. La apoteosis del retorno

*Hacia cerca de quince años que yo no había ido a mi país natal. Como para
hacerme olvidar antiguas ignorancias e indiferencias, fui recibido como
ningún profeta en su tierra.
El entusiasmo popular fue muy grande.*

R. D.

(La vida de Rubén Darío contada por él mismo. Cap. LXII)

MANAGUA FUE la primera ciudad en organizar una junta directiva que se encargase los festejos en honor a Rubén, con motivo de su presencia en Nicaragua, ausente desde abril de 1893, o sea, catorce años, seis meses y veintidós días.

Un tren expreso iría hasta Corinto para recibir y conducir a la capital al *artista egregio* —informaba *El Comercio*, el más importante diario del país, con un tiraje de diez mil ejemplares. La integraban Manuel Maldonado, presidente; Hildebrando A. Castellón, vicepresidente; Francisco Huevo, secretario; Francisco Castro, Rodolfo Espinoza, Emiliano Hernández y Octavio García, vocales.

Castellón, Huevo y Hernández —por cierto, venezolano residiendo en Managua— formaron la comisión que llegó el 23 de noviembre hasta el vapor norteamericano “San José”, anclado en Corinto, a cumplir su misión. Tras el triunfal recibimiento en León, Rubén visitó a su venerable tía abuela; fue una entrevista sentimental, íntima, florecida de recuerdos. Luego siguió a la estación, rumbo a la capital, donde la corporación había acordado —a iniciativa del síndico Benjamín F. Zeledón— *votar la cantidad de 1.500 pesos para los gastos de la recepción que se le hará al señor Darío. En Nagarote se detuvo el tren para que los pasajeros aplacaran la sed.*

En Mateare todo el pueblo lo vitoreó al pasar. A las siete menos cuarto llegó a Managua el ilustre poeta, y creemos ya inútil referir la ovación que Managua le tributó y que el mismo Darío ha llamado ‘incomparable’ —se consigna en *El Comercio*.

Ovación triunfal en Managua

Darío bajó del tren, pero no tocó tierra: fue conducido en hombros desde la estación hasta el Gran Hotel, *entre aclamaciones indescriptibles y en entusiasmo rayano en locura. Todas las clases sociales, sin distinción de ningún género, se disputaban la honra de saludar al predilecto de las Musas.* Frente a la compañía eléctrica, se leía la siguiente inscripción formada por luces incandescentes: “La compañía de la luz eléctrica, saluda al eximio poeta Rubén Darío”. Ante el clamor del pueblo, Rubén se ve obligado a hablar:

—*Pueblo de Managua: la espléndida recepción que acabáis de hacerme la aprecio como un premio a mi vida errante, en persecución del arte supremo y para gloria de Nicaragua; os lo agradezco desde lo más profundo de mi alma. En todas las ciudades donde mi pensamiento ha estado en obra, se me ha ofrecido una hoja de laurel, y ninguna más significativa que la que vosotros me ofrecéis y que la guardo como uno de mis mejores triunfos. Os pido que, antes que echar vivas por mí, lo hagáis primero por Nicaragua y después por el general Zelaya.*

De pronto, Manuel Maldonado toma la palabra y su verbo comienza a retumbar, diciendo:

—*Ilustre poeta: Vuestra patria es sagrada para vos porque ella guarda las cenizas de vuestros antepasados, y porque en ella se meció vuestra cuna al pie de agrestes montañas, arrullada por las brisas de nuestros azules y tranquilos lagos* —comenzó su perorata.

Darío se limitó a contestar con un piropo:

—*Para las palabras de oro, para las frases de diamante, con que me ha saludado un gran orador, sólo tengo una palabra: ¡Gracias, gracias, gracias!*

En la misma gacetilla se agregaba: *En el tren Darío venía sumamente complacido, hablando a ratos de todo, ya con el doctor Castellón, ya con el doctor [Santiago] Argüello, ya con el doctor Juan de Dios Canegas. El poeta está alojado en el Gran Hotel, y antenoche (el 24 de noviembre) fue recibido por el señor general presidente y obsequiado con una retreta en el Parque Central, a la que concurrió con riguroso traje de etiqueta.*

El programa de la retreta, o concierto, fue el siguiente:

1°. Sport / Marcha militar: J. Entodshofer.

2°. La hoja del Regimiento / Obertura: G. Dosizetti.

3°. Impresión de amor / Valse: F. von Blon.

4°. Margarita / Fantasía de la ópera Fausto: Ch. Gounod.

5°. Tesoro mío / Valse: E. Beccucci.

6°. Ideal / Sehottisch: J. I. Hernández.

7°. Polonaise: F. Choris.

8°. Canción de los nidos / polka: V. Bnot.

El Director J. I. Hernández

Vista al presidente Zelaya y obsequio a doña Blanca

Desde luego, el gobernante J. S. Zelaya lo declaró huésped de la nación. *Yo nunca había tratado al presidente —escribiría Darío— le conocía por la prensa, por los elogios de sus partidarios, y por los denuestos de sus enemigos emigrados. Los primeros entonaban el natural himno. Los segundos le hacían aparecer como “el perturbador de la paz en Centroamérica”, como un sátrapa cruel y terrible...*

Un espadón, un machete, nada más. Me encontré con un caballero culto, correcto, serio, afable. A las 10 a.m. de ese mismo día, 24 de noviembre, el doctor Maldonado —en cuya casa se hospedaba Rubén— hizo entrega a la esposa del presidente, Blanca Cousin, de una simbólica pulsera acompañada de un autógrafo del poeta formulado en cortesanías frases elegantes. Se trataba de un acróstico lapidario, según sus palabras; en términos más actuales, de un ejemplo de poesía concreta:

***La J es el jacinto.
La S es la sardonie.
La A es la amatista.
La N es la nefrita.
La T es el topacio.
La O es el ópalo.
La S es la sardonix.
La Z es el zafiro.
La E es la esmeralda.
La L es lapislázuli.
La A es el aguamarina.
La Y es el imán.
La A es la amatista.***

El 7 de diciembre le organizaron una gira en tren de Masaya a Diriamba. De regreso a Managua, se hospedó en casa del ministro de Zelaya, Félix Pedro del mismo apellido. Los capitalinos se congregaban en el parque central. Hernán Rosales lo recordaría: *Momento conmovedor y magnético era ver a Rubén Darío, vestido todo él de blanco, paseando por el Parque Central, durante las noches de concierto que daba la Banda de los Supremos Poderes, en unión de su maestro cuando era niño, doctor Felipe Ibarra, y de su protector en la juventud, doctor Modesto Barrios. Atrás del grupo, iba un grupito de jóvenes intelectuales, como haciéndole de pajes.*

Edelberto Torres, por su parte, anota que en los días subsiguientes le brindaron varios banquetes en hoteles y casas privadas, como el auspiciado por Salvador Castillo hijo, en la elegante pensión de doña Carolina Kattengel. Asistieron el padre y homónimo del anfitrión, María Gámez de Mercury, Alberto Gámez —el amigo del ocultista *Papus*, a quien presentó a Rubén en París—, el periodista Francisco Huezo, el general Juan J. Estrada, los políticos zelayistas Luciano Gómez y Félix Pedro Zelaya. *Ricas viandas degustan, pero son más los discursos que oye, todo un ciclo que el cierra con una sola palabra: Gracias.*

Torres registra otra comida importante: la del distinguido colombiano Carlos A. Zubiría y su esposa Julia, educadora de extraordinarias dotes. Después que el sabio Alberto Gámez dice cosas de sabiduría trascendental, Rubén vence el imperativo de su temperamento, y discurre largamente sobre esos temas que mucho lo tientan y que trata con aticismo en la forma y profundo conocimiento en relación con el fondo. *La casa en que están es una escuela que la señora Zubiría dirige, allí está el retrato de Zelaya, y de ahí las palabras que en su honor y de su esposa pronunciaran tanto Gámez como Darío.*

Su nombramiento de Ministro residente en España

Entre tanto los amigos del poeta —Francisco Castro, Luis H. Debayle y Manuel Maldonado— logran que el presidente firme su nombramiento como Ministro residente de Nicaragua en España el 21 de septiembre. Para entonces, Rubén se halla en León, colmado de más homenajes y banquetes, sin faltar la velada del 22 del de diciembre en el Teatro Municipal y su ingreso el 29 a la Academia de Bellas Artes. El hecho en que para el 18 de enero —día de su 41 cumpleaños— se halla de nuevo en Managua, en casa de su amigo Félix Pedro Zelaya. Hasta allí llegan a darle abrazos y apretones de manos. *Las Flores* — narra Edelberto Torres— *no tienen sitio de colocación por ser tantas y los vinos cumplen su función de alegrar más los ánimos. De León llega un mensaje de Casimira de Debayle que agrada a Rubén de modo particular: Y para usted las rosas de la amistad y los laureles de la gloria.*

El joven poeta José T. Olivares logra departir con Rubén en casa de su anfitrión. Traen a cuento a los hermanos Manuel y Antonio Machado, y a otros escritores españoles. Olivares le pide su opinión sobre Emilio Bobadilla, o *Fray Candil*, que mucho ha atacado a Rubén, y éste contesta que es porque nunca lo ha citado. Olivares le sigue preguntando, esta vez por el venezolano Rufino Blanco Bombona.

—*Ese no puede quererme porque estamos en planos distintos* — aclara Rubén—. Él es asesino y yo no lo soy, y cree que la poesía se maneja con machete, como la gobernación de Táchira.

Su iniciación masónica y la velada de Managua

El 24 de enero de 1908 es otra fecha significativa de la estadía de Rubén en Managua. La Logia Progreso lo incorpora ese día, en el grado de aprendiz, a la hermandad de los señores de la escuadra y el compás, es decir, a la masonería. La ceremonia se realiza conforme al rito escocés más antiguo y aceptado, siguiendo el tradicional ágape, Rubén les cuenta a sus nuevos hermanos de fenómenos que en él han tenido lugar, de los sueños que ha experimentado y sobre los cuales ha escrito, y de los versos que le han surgido en pleno estado onírico. Padrinos suyos fueron en dicha ceremonia Manuel Maldonado y el español Dionisio Martínez Sanz.

Finalmente, el 2 de febrero se desarrolló el evento culminante en Managua: la velada en la Escuela Normal de Señoritas, dirigida por doña Josefa Toledo de Aguerri. Asistieron Zelaya, su esposa y ministros. El orador de la noche fue Francisco Huevo, pero también recitaron y discursaron Santiago Argüello, Alejandro Bermúdez y Manuel Maldonado. Rubén leyó los versos que había escrito para la primera dama, y en nombre de la Municipalidad ella le colocó en la solapa la condecoración ofrecida por la corporación edilicia: una lira de oro circundada por una corona de laurel, delicada obra del distinguido orífice nacional Miguel Silva S.

Fidel Coloma valora la salutación “A doña Blanca de Zelaya” como lo que es: “poema cortesano en que la maestría del poeta se compadece en una erudición elegante y desenvuelta, entre sonriente e irónica”. Para uno de sus oyentes, Lino Argüello, no fue sino un “juguete literario, precioso”. Por su lado, otro testigo —Carlos A. Bravo— pergeñó estas líneas sobre la velada: “Ovación magnífica. Mil espectadores. Derroche de champagne, de luz, poesía y belleza. Darío apareció tres veces y se retiró cargado de aplausos”.

Los numerosos musicales estuvieron a cargo de la Banda de los Supremos Poderes que ejecutó el Himno Nacional (“Hermosa Soberana”) y la *Polonesa* de Chopin; de María Castro y de su hermano Luis, quienes a cuatro manos tocan el piano *Rigoletto* de Verdi; y de Luisa Bonilla, quien recitó —al ritmo de una melopea compuesta por el maestro J[osé] I[ndalecio] Hernández— la “Sonatina” de Rubén. Por último, éste leyó su discurso revelando un profundo conocimiento de la actividad política y comercial del país. *Habló del movimiento de importación y exportación; se mostró perito en cuestiones de Hacienda y tuvo palabras de gratitud para su Patria, que de modo tan brillante lo acogía en su regreso.*

VI. Las tres semanas pre-agónicas (15 de diciembre, 1915/ de enero, 1916)

Después de dos semanas en León sin que la ciencia de sus galenos haya logrado mejoras notables en el enfermo, éste es su traslado a Managua, o mejor dicho, lo traslada a su esposa, quien lo aloja ¡gran Dios!, en la casa de su hermano Andrés, si, Andrés Murillo, el del episodio de 1893. Un cuarto lujosamente arreglado es la alcoba del matrimonio Darío-Murillo. A su lecho se acercan los amigos para renovarle su antiguo afecto y admiración. El primero es Francisco Huezco, quien al entrevistar a Darío le da éste una extraña animación a su lengua, que en su vida rarísimas ocasiones la ha hecho hablar con locuacidad.

Edelberto Torres

(La dramática vida de Rubén Darío

[cap. XXXI])

POR la excelente crónica testimonial de Francisco Huezco (1862-1934), es posible reconstruir los últimos días del nicaragüense universal en Managua, después de haber padecido una pulmonía doble en Nueva York e ingresado en el *French Hospital*, y de de una prolongada —y no muy saludable— estadía en Guatemala, adonde había ido a traerlo su esposa Rosario Murillo.

1915

El matrimonio llega a Managua, en tren, el 14 de diciembre. Al día siguiente, Huezco se apresura a visitarle. El vate reposa en la residencia de su cuñado Andrés Murillo, casa de un piso, a una cuadra del Parque Central. Ocupa el cuarto contiguo al salón, bien aireado, casi con lujo. En medio, el catre pintado de negro, con molduras de bronce. A un lado de la cama de Rosario, un guardarropas de lunas venecianas, butacas

blancas de junco, cofres de viajes cerrados, un chaise long y mesas de servicios, con frascos y medicinas.

Cerca del catre, una mesita con libros, pañuelos, un reloj de bolsillo, unos anteojos de oro, todo propiedad del glorioso enfermo.

Yo no creo en los médicos

Darío —sostienen los médicos— viene enfermo de cirrosis del hígado. Se le ve pálido, exangüe, con el aspecto de un hombre de sesenta años —tiene 49 no cumplidos— y el abdomen abultado, hinchado. Su mirada es dormida y uno de sus gruesos párpados se le cae.

Huezo lo encuentra tendido como un león en una fina hamaca de pita. Está correctamente vestido de amarillo: americana, chaleco, pantalón y zapatos. La corbata es azul-claro.

Se incorpora, llano y franco, y le da un abrazo fraterno. Nada de orgullo. Lo distingue siempre con su viejo cariño.

—¿Qué tal? —le pregunta a Huezo. Es cortante su palabra, fatigoso el acento.

—¿Como está usted?

—No; de usted no. Tutéame siempre. Esos tratos de hermanos son más grandes.

A continuación, le dijo:

—Tengo no sé qué grave complicación. Cosas del estómago, del hígado, qué sé yo.

—¿Y los médicos qué dicen?

—¿Los médicos...? Yo no creo en los médicos. Han dicho tantas cosas desde Nueva York en donde recibí el golpe mortal, el hachazo, digamos.

Huezo observa el cambio que ha tenido el gran poeta desde 1908, última vez que estuvo en la patria, cuando fue la Municipalidad de Managua lo condecoró con medalla de oro, colocada en el pecho por doña Blanca de Zelaya. No sólo fatiga manifiesta el semblante, sino mucha tristeza; de esa tristeza que deja huellas imborrables cuando acosan el dolor y los desengaños de la vida.

Poco a poco llegan a referirse a cosas del país y a los amigos de la juventud. Entre los nombres se dice uno: Maldonado.

—*¿Qué hace Manuel? ¿Cuándo podré verlo? ¿Cómo está?*

¿Está viejo? ¿Está joven? ¿Trabaja?

Huezo le contesta. Rubén le pregunta por un sabio amigo, por otro poeta del país, con ánimo y, aludiendo a la nueva floración intelectual, opina:

—Hay aquí buena madera para algo bueno, hay base. Lo que falta es mejor orientación artística, estudio psicológico, medio propulsor, más faena.

Pero la conversación lo fatiga y guarda silencio. Huezo le interrumpe excusándose no haber ido a la Estación del ferrocarril a encontrarle porque no estaba seguro del día de su llegada a Managua.

—Sí, así lo quise yo. Impedí dar la noticia al público para evitarme esas ovaciones que dicen me estaban esperando. Les agradezco; pero no las resisto. En León me hicieron una, fuerte, brillante. El estado de mi salud es delicado, y los vivas, los gritos, los discursos, los abrazos y apretones de mano me sofocan. Vivo a dieta rigurosa, con líquidos.

Tengo ahora los instintos de Barba Azul / La anécdota de Manuel Maldonado

El 17 de diciembre Huevo vuelve a visitarlo, y le impresiona verlo como un bravo autócrata feudal, de horca y cuchillo. Llega con voluntad de referirle cuentos callejeros, como en sus buenos tiempos, a fin de hacerle olvidar algo sus penalidades.

Rubén está despierto. Como siempre, sus pupilas se dilatan o contraen en una constante oscilación.

—¿Ya supiste la nueva? —le interroga.

—No sé nada.

—Pues, señor —continuó Rubén—, sucede que un tal Maldonado, que es orador y poeta, se le ha antojado no venir a verme. Puro antojo. No ha venido ni a saludarme, ni a darme las gracias porque lo saqué de prisión. ¡Sí, señor, yo lo saqué de la prisión!

—Allí estaba por conspirador. Gestioné ante el presidente Díaz y me concedió su libertad, porque yo quería verle, nada más. Pero sucede que el hombre se ha encaprichado; y yo, al ver la descortesía, estoy sulfurándome también, y de momento puedo estallar y dar orden para que lo metan nuevamente a la cárcel; y si se me antoja, le mando a dar palo, no por conspirador, sino por rebelde.

Huevo piensa que aquella exaltación es obra de la enfermedad. Rubén lo adivina y le aclara:

—No es cosa de enfermedad. Tengo firmes mis potencias; y si no viene hoy o mañana, cancelo mi fianza. Hago que lo encierren de nuevo; y, si se muestra terco, le caerán a palos. Tengo ahora los instintos de Barba Azul. Conmigo nadie juega.

Huevo cree oportuno seguir el humor de la musa bravía del poeta:

—Tienes razón. No me explico ese olvido e indiferencia de Maldonado, a quien has favorecido con tu fianza.

—Pues yo si me lo explico. Se le ha metido ser Presidente de la República, y ya le parece que lo es. Por eso me ve así. Pero que se ande con cuidado, porque yo le bajo los humos presidenciales muy temprano; se los bajo.

—*Si quieres* —le contesta Huevo— *le pasaré alguna noticia.*

—*No quiero nada de él, ni me importa su desvío. Tú puedes hacer lo que quieras.*

Poco a poco, Rubén se calma. Al rato recapacita:

—Oye: si le dices algo, que sea por tu cuenta, y que no sepa que hemos hablado. Sucede que le tengo algún cariño y me desagrada su conducta.

Los poetas deben tener la mirada en los cielos y en la naturaleza

El 18 de diciembre se aparece de nuevo Huevo en la casa de Darío a las once de la mañana. Hace un sol hermoso, ni viento, ni brisa. Maldonado espera en el corredor, que hace de antesala. Mientras Rosario introduce al primer visitante, el cronista se entretiene en admirar los rosales del jardín. Tarda Maldonado con Rubén más de dos horas y Huevo no puede esperar más. Regresará al caer el crepúsculo.

(Edelberto Torres informa otra anécdota protagonizada por

Maldonado en su visita a Rubén:

Lleva bajo el brazo un grueso volumen manuscrito, y ya instalado en la vera de la cama, le dice que quiere leerle algunos cantos de sus poemas “Prometeo liberado”. Lee por un buen rato, con voz altisonante, enfática y gruesa de violón. Rubén entorna los ojos en cuanto ha notado la pretensión de su querido amigo el médico versificador; luego que éste termina de leer y le pregunta qué le parece, contesta:

—*Manuel, ayúdale a la Carlota a criar a tus hijos* —aludiendo en su irónica respuesta a la esposa de su amigo, excelente mujer).

Huezo encuentra a Rubén con fiebre y una gran fatiga. Una blanquísima sábana cubre su cuerpo. Su cabeza se destaca sobre la almohada como un dios olímpico. El estómago, hinchado, ondula como ola.

Rosario le ofrece asiento. Hueso acerca una silleta a la orilla del lecho y observa al dios. Tiene la barba abundante y las mejillas hundidas y rosadas. De pronto se despierta. Sus manos queman.

—*Ya vi a Maldonado* —le dice—. *Es mi viejo amigo. Yo gozo con los conocimientos de mi juventud. Poco ha cambiado. Ha estado preso; quiere ser presidente de Nicaragua. Me dice que tiene popularidad entre los obreros. Yo le aconsejo que no se meta en política. Los poetas deben tener la mirada fija en los cielos y en la naturaleza, y acordarse poco de las pasiones humanas.*

Cansado, casi abatido, no puedo continuar. Cierra los ojos y aparenta dormir. Una de sus manos, blanca y fina, queda fuera de la sábana como un pétalo pálido. Indudablemente está muy grave. Huezo se retira a las diez de la noche.

Yo no quiero alarmar a la familia con nuevos gritos de ¡socorro!

El 19 de diciembre. Rubén ha pasado mala noche. Ansiedad, retorcijones, náuseas, hemorragia intestinal. Delicado. Tres médicos lo atienden: los hermanos Emilio y Enrique Pallais, y su viejo amigo: Jerónimo Ramírez. Al retirarse los galenos, Rosario conduce a Huezo donde el enfermo. Bajo un mosquitero lila, aparece como tras una niebla. Tiene 38 grados de temperatura. Sus labios delgados y la lengua están rojas. Sus manos no pierden belleza: son ducales, finas, aristocráticas. Tiene envuelto el estómago en franelas blancas y viste pijama celeste de seda.

—He pasado mala noche, mala, pésima. El estómago ha crecido un centímetro. Me aconsejaron chalocogue. Creo que he sido víctima de las drogas. Se exalta.

—*Anoche —agrega— se quedó a velarme el joven poeta José Olivares. El sueño fue venciéndolo por minutos, hasta quedarse dormido. Entonces empezó a roncar. Como yo estaba insomne, me desespero. No hay pena mayor para un hombre que ver dormir a otro cuando no se tiene sueño. Empecé a gritarle: ¡Olivares! ¡Olivares! No duerma usted. Acuérdesse de mí. Como no despertaba grité: ¡socorro, socorro! Y le arrojé una almohada. Con el ruido que hice, se levantó mi esposa y algún tiempo después se despertó Olivares que se había acostado vestido en esa hamaca. Y señalaba la blanca hamaca de pita.*

—Si lo ves dile que no vuelva a quedarse. Que se lo agradezco en el alma. Ya no quiero alarmar a mi familia con nuevos gritos de ¡socorro! ¿Para qué?

Soy un tronco viejo, arruinado, un hombre en cenizas

Dos días después, el 21, Huevo llega a la casa donde es alojado Rubén. El alma se le llena de pesadumbre. El vate parece un león vencido, un águila a quien el dolor le quiebra las alas. El botánico Miguel Ramírez Goyena, sentado a la orilla de la cama dentro del mosquitero, le lee un párrafo de su *Flora nicaragüense*, probablemente el titulado *Wigandia Dairi*. Es la clasificación del arbusto tropical clasificado por Ramírez Goyena y bautizado en latín con el nombre de Darío.

El sabio se retira. Huevo se aproxima y le saluda. Rubén tiene

39 grados. Con frecuencia le atacan las náuseas. Huevo le indica la necesidad de una intervención médica más activa. Él oye sus palabras con interés. Medita largo tiempo.

—*Tal vez sería bueno llamar a Debayle, a León* —sugiere, vacilante.

—*Eso depende de cómo te sientas* —le contesta Huevo—. *Sea que te decidas por cualquier médico, conviene que te examine de nuevo, y si fuere necesaria alguna operación, creo que deberías resolverte. La fatiga que experimentas seguramente proviene de la cantidad de agua que tienes en el estómago.*

—Bueno ¡Está bien! Ya he dicho de una vez que no creo en los médicos. Le tengo horror a la disectomía, tan en boga en París, y tan combatida por la prensa, por razones de humildad y piedad. Pero que venga, que me vea y que me haga lo que dicen. Quisiera que sólo él procediera, sin que me tocara otra persona. Lo repito: no creo en los médicos.

—*Le tengo horror instintivo a su ciencia* —prosigue Rubén en el mismo tono— *y sobre todo a sus aparatos teatrales. Son pocos los sinceros e ingenuos, los modestos y sabios de verdad. En la mayoría, tropieza uno con farsantes, farsantes cuchilleros, asesinos feroces.*

Guarda silencio algunos minutos y reanuda su parla trazando una visión retrospectiva de su existencia.

—Las cosas que me suceden son consecuencias naturales del alcohol y sus abusos; también de los placeres sin medida. He sido un atormentado, un amargado de las horas. He conocido los alcoholes todos: desde los de la India y los de Europa, hasta los americanos y los rudos y ásperos de Nicaragua, todo dolor, todo veneno, todo muerte. Mi fantasía, a veces, hace crisis, sufre la epilepsia que produce ese veneno, del cual estoy saturado. Me siento entonces agresivo, feroz, con instinto de destruir, de matar. Así me explico los grandes asesinatos cometidos por el licor.

Se calla. Al rato, en voz baja, habla de su afán de ternura, de hogar.

—*Yo he corrido mucho. Mejor dicho, me han dejado correr; y no he fundado hogar. Hoy, al cabo de veintidós años de ausencia, me reúno con mi esposa; ¿qué le traigo? Nada. Soy un tronco viejo, arruinado, un hombre en cenizas. Viví en Europa con una mujer, más de dieciséis*

años, una española. Tengo un hijo con ella y con el nombre Rubén Darío Sánchez, de edad de ocho años. Es de imaginación vivaracha, y me escribe, me preocupa su educación. Ella, la madre, es una mujer rústica, a quien he procurado modelar. No sabía leer —empezando por eso— y yo le enseñado lo que sabe. Es un alma campesina, laboriosa y de tesón. He sido, digamos, el domador de esa naturaleza bravía.

Un rinconcito de la tierra para vivir una santa ternura

El 25 de diciembre. A las doce meridianas, sopla un alisio fuerte. Opaco está el día y levanta el viento grandes nubes de polvo. El lago, de color bronce oscuro, se agita con salpicaduras blancas. Huevo evoca al poeta, cuando —en años ya lejanos— iban a sus riberas, o por las calles de Managua, de paseo, de juerga o verbena, diciendo literaturas o forjando proyectos. No tenía entonces la celebridad que ha conquistado, pero ya la fama comenzaba a consagrarlo.

Entra a la habitación de Rubén, a quien encuentra leyendo a través de sus poderosos anteojos de oro periódicos del país, los libros que ha recibido en francés, inglés, italiano y español. Pasó una buena noche, con una poción de chalocogue.

También durmió algo, a pesar de las músicas, gritos, repiques y bombas y cohetes de Nochebuena.

—*Felices pascuas* —le dice a Huevo, dándole un abrazo.

—*Gracias, gracias* —responde.

Abatido, el poeta le habla de la necesidad de hacer su testamento. Se muestra sereno y, cosa extraña, no le asusta la muerte.

—Quiero disponer de mis cosas. El gobierno de mi patria me debe como nueve mil dólares de mis honorarios como Ministro en España. No dudo que me los mandara a pagar el presidente don Adolfo Díaz. En Nueva York me dio cartas muy especiales don Pedro Rafael Cuadra, agente financiero de Nicaragua, recomendando ese pago. Quiero

disponer de ese dinero, de los contratos de mis obras con los editores y de mi arreglo con La Nación de Buenos Aires, a la cual no he escrito ni una sola línea, desde hace más de un año, muy a mi pesar. En ella colaboró hace más de veinte y, según sus estatutos, tengo derecho a mi jubilación.

—*A pesar de mi enfermedad —añade— no he permanecido ocioso. He meditado dos cuentos que me gustan. He querido escribirlos: creo que han salido buenos; pero primero es el testamento.*

Tiene la vista fija en un sitio del cuarto. Huevo sigue la dirección de su mirada. En la mesa de las drogas, sobre un libro de cubierta púrpura, alcanzó a ver un pequeño crucifijo de plata. Al lado de las almohadas se ve un libro abierto.

Un pecado misterioso para el cual no hay redención

—¿Qué obra lees?

—Un libro de Enrique Ibsen, el viejecito portentoso. Son interesantes sus dramas. Cuando resucitemos y Juan Gabriel. Tiene frases que condensan mi doloroso destino y que quisiera ver escritos a los pies de mi lecho en el momento de morir.

—*¿Cuáles son las palabras de Ibsen?* —vuelve a preguntar Huevo.

—Helas aquí. Son del drama Juan Gabriel: Has matado mi vida para el amor. ¿Lo entiendes? La Sagrada Escritura habla de un pecado misterioso para el cual no hay redención. No comprendía yo qué pecado era ese que no podía ser perdonado: ahora ya lo sé. El crimen que no puede borrar el arrepentimiento, el pecado a que la gracia no alcanza... lo comete quien mata una vida para el amor.

Rubén deja de leer y continúa su reflexión:

—Pero yo, te digo con sinceridad, creo que he venido a Nicaragua sólo a morir. No le tengo miedo a la muerte. ¡Y no me importa que venga! En ocasiones he gozado tanto como tal vez no lo han logrado los millonarios de la tierra. He comido como príncipe, he vestido con mucho lujo, he tenido historias en el mundo de las supremas elegancias. Me he relacionado con los más altos personajes. He sentido con frecuencia el aletazo de la gloria. He derrochado dinero, que gané en abundancia. ¿Qué me queda por desear? Nada ¡Que venga la muerte!

—Sin embargo —concluye—, *si Dios todavía no lo quiere, desearía un rinconcito en la tierra para vivir al calor de una santa ternura. Me gustaría eso. Sería mi ideal. Nada de locuras, nada de vino, mujeres, buena mesa y trajes elegantes; sólo serenidad, la tranquilidad, pocos y escogidos amigos y algún champaña para obsequiarlos. Y mis libros, y mis cosas de arte, pero nada de compromisos para escribir por obligación.*

Sucedan cosas sorprendentes, inexplicables

El 26 de diciembre Rubén manifiesta su afinidad con el ocultismo que ha tentado su curiosidad a lo largo de su vida. Ha leído desde Allan Kardec hasta Ana Besant. Feligrés de esas capillas, confiesa:

—*Yo he sido eso. Yo he creído. He estudiado, he visto mucho, en París, en Italia. Sucedan cosas sorprendentes, inexplicables hechos; extraordinaria, como cábalas de misterio. Ahí está la Eusapia Paladino, italiana, una médium prodigiosa. Cuando trabaja, en su cámara, a media luz, se observan fenómenos maravillosos alrededor de su cabeza, como un nimbo extraño. Se ven perfiles de personas que surgen y desaparecen, caras animadas, manos que los asistentes quisieras oprimir entre las suyas. En fin, manifestaciones espectrales, fuertes. Y la Eusapia es una ignorante, casi dura. Habla mal su idioma, el italiano, según he tenido oportunidad de apreciar, pues algunas veces la visité y comí en su compañía.*

El antojo de pasteles

Enfermo e imposibilitado, pide platos fuertes. Pollo, arroz, tallarines, queso, pan. Quiere una buena sopa, comer bien. Y habla fuerte y regaña y grita, si no le dan gusto. Y cuando regaña es con frases duras, a veces subidas de tono. Es de tarde y Huevo acaba de verlo. Lo encuentra conversador, y con buen apetito. Desea comer pasteles.

—*Pero tu enfermedad, los médicos...*

—*Al diablo con la enfermedad del diablo y al diablo con los médicos. Quiero pastelillos. ¿Ya están los pasteles? ¡Tráiganme los pasteles!*

Su acento es llano, imperioso, de mando. Minutos después, llega la esposa con cuatro pasteles diminutos, bien dorados, sobre un plato de cristal.

—*Gracias, señora —le dice, galante. Y dirigiéndose a Huevo:*

—*Pruébalos tú también.*

Y le obsequia uno. Huevo empieza a comerlo.

—*¡Sabrosos, ricos! Se deshacen en la boca —le dice.*

Sin embargo, Rubén los encuentra insípidos. Toma pequeños bocados y muerde la pasta con displicencia. Ya masticada, la coloca a la orilla del plato. Manifiesta descontento.

—*Los pasteles españoles o franceses son gratos. Así los quisiera*

—*exclama y, después de ingerir tres o cuatro bocados más, deja de comer.*

Nada dice su esposa. Sólo lo mira con ojos de piedad.

En aquellos momentos se oye la campana del reloj de catedral. Son las doce del día. Cae a plomo, un sol de oro.

La sencillez de la suprema belleza

2 de enero, 1916. Huevo ha visitado el día anterior, por la noche, a Rubén y lo encuentra con el corazón abierto a la alegría.

Le habla de sus santos literarios: San Alfonso X, los dos Luises, San Lope, San Calderón de la Barca, San Cervantes, San Quevedo, San Luis de Alarcón; y el prócer, el maestro precursor, San Luis de Góngora y Argote, todos en sus altares, en sus nichos gloriosos, poderosos.

Le habla también de dos notabilidades italianas: D'Annunzio y Edmundo D'Amicis: dos altas energías, dos grandes orgullos. Es amigo de ambos. Se refiere brevemente a los poetas franceses y españoles, a los hispanoamericanos. Alude a Gómez Carrillo, forjador de arabescos, al mexicano Neruo, al venezolano [Rufino] Blanco Fombona.

Se refiere después a los poetas nicaragüenses.

—*Hay muchos mediocres*—dice—. *Pero otros tienen esencia firme* y cita a Lino Argüello, Pallais y Olivares.

Huevo elogia a varios con calor; pero él replica:

—*Doblemos eso, doblemos eso. Hay muchos mediocres. Ustedes están bajo el peso de una fascinación. Las tendencias actuales de la literatura son diferentes. Se busca la idea, el tesoro del pensamiento; los trabajos literarios deben revestir formas sencillas. La sencillez de la suprema belleza; el adorno postizo, el arrequive ¡Qué desgracia!*

Rosario se acerca y se sienta en la cabecera de la cama. Rubén se reclina sobre su pecho y susurra suavemente:

—*Hagamos matrimonio. Me siento bien así.*

La escena es comentada por Edelberto Torres: “Es un idilio de una fracción de minuto, el único que concede en el epílogo de su existencia a aquella con quien tantos y tan tiernos tuvo bajo el palio salomónico de los ocasos en el muelle de Managua, en aquellos lejanos días perdidos en el piélogo del tiempo.”

Su última carta enviada desde Managua

Antes de concluir la primera semana de enero, escribe su última carta, dirigida al director de La Nación, Emilio Mitre y Vedia:

Me hallo en mi patria, enfermo.

Los médicos se equivocan: unos me hacen tuberculoso, otros hidrópico, y hasta me suponen medio loco... En mis deseos está el mejorarme un poco para irme al campo, gozar de soledad, de buena mesa y montar un burro como Sileno para caminar al sol, y sentir el soplo libre del monte. O no de restablecer, pues hacer vida epicúrea, ¡hasta reventar!... Me agobia pensar en la situación de mi hijo en Europa, en la miseria, abandonado. ¡Y Francisca! ¡Ah, esto es terrible!

Quiero darle las gracias por el oportuno envío de su cheque a Nueva York, el que me llegó en momento dramático. Nunca olvidaré a La Nación ni al noble amigo. ¡Lloro al pensar que nunca más volveré a ver tierra argentina! A usted le pido ver por mi hijo, ahora solo, y a quien ruego tener por heredero único de mis bienes. Me despido de usted con el agradecimiento que le debo por sus cuidados. He servido a La Nación con todo mi pensamiento y a usted con mi respeto más devoto. Rubén Darío.

Para el 5 de enero ya el gobierno de Díaz ha erogado 200 córdobas (equivalentes a doscientos dólares) que le lleva un funcionario. Huelzo le felicita. Él lo oye, como si fuera una burla y estalla en cólera:

—Para ti, para Manuel Maldonado, Santiago Argüello y Luis Debayle, para todos los que viven en la Papusia, esa suma puede ser suficiente, pero has de saber que yo no soy nacatamalero como ustedes. Yo soy Rubén Darío, y la cosa cambia de aspecto. Esa cantidad es insignificante y no la acepto. Dicen que mañana mandarás más: ¡Mañana! ¡Mañana! Es un mañana que tarda en llegar. Es el plazo de la raza.

Ya tranquilo, le visita unos poetas jóvenes —Octavio Rivas Ortiz, entre otros —y uno le pregunta por los más grandes poetas actuales.

—*En el mundo, sólo tres —afirma lleno de convicción—: D'Annunzio, uno que ande por allí y yo.*

Al día siguiente —6 de enero— los chavalos de Managua celebran muy de mañana, el día de Reyes sonando pitos y cachos de buey. Rubén manda que los calle, y por un momento se silencian; más pronto reanudan su algarabía. Impaciente, se revuelve en la cama exclamando:

—*¡Oh Herodes! ¡Oh Herodes!*

Por la tarde llega el doctor Debayle de León para preparar el regreso a León donde sería operado. Así el 7 de enero de 1916 concluyen los días pre-agónicos de Rubén en Managua. Por la mañana de ese día, en un tren expreso facilitado por el gobierno, partió Darío hacia León, acompañado de Rosario y Debayle.

Los restantes hechos son muy conocidos, no así las acciones oficiales y de la sociedad que, a raíz de su fallecimiento en León el 6 de febrero, se dictaron desde Managua. Por ejemplo, el decreto del Congreso Nacional por el que se ordenaba al tesoro de la república costear los funerales y se permitía la exhumación del cadáver en la catedral de León; el duelo del Ejecutivo y del Poder Judicial, el del gremio de Abogados y el de los Barberos, el del Cuerpo Médico y el del Club Social.

Por fin, no debe eludirse la velada póstuma en honor a Darío que se le tributó en el Teatro Variedades, donde se distinguiera el doctor Manuel Maldonado. He aquí los siguientes fragmentos de su pieza oratoria:

Después de lo que ha dicho el formidable [Jacinto] Benavente, que ya no puede haber brindis, discursos, conferencias, ni apologías que expresen algo nuevo acerca de Rubén Darío; después de lo que otro brillante literato, Pompeyo Gener, dijo también del excelso poeta, que

éste no pertenecía a ninguna escuela ni a ninguna época, sino a todas las escuelas y a todas las épocas, y que Darío bien podría ostentar como lema de sus estandartes de triunfo, la célebre frase de Carlos V —Ego et tempus: yo y el tiempo— toda palabra, todo concepto, resultan imprecisos y pálidos con palideces con anemias mortuorias.

Después de la consagración mundial, hecha por lo que más vale y ha valido en el reino de las letras, ¿qué se puede decir de este hombre extraordinario que trajo al mundo en la mano, a estilo de un centro, la dominadora flauta de Pan, sobre los hombres y la purpúrea e invencible clámene de un rey, y en el cerebro una constante reverberación de astros [...]

Hablemos, pues, de su innata realaleza.

Ya sabes, que la cuna de Darío fue tan humilde, por no decir oscura; que en los primeros años de su vida era indeciso asta su nombre patronímico. Unos le llamaban Félix Rubén Ramírez, y otros Félix Rubén García; pero él dijo una vez: “Yo me llamaré Rubén Darío”. Y así debía ser, porque los nombres primeros no tenían significación alguna, porque el nombre de Rubén Darío era el que precisamente correspondía a sus entronques cabalísticos, a lo que él era en sí, a lo que debía representar.

Por eso el ser anagramado su nombre resultó otro simbólico: Un Bardo Rei, expresión gráfica que delineaba perfectamente la verdadera figura moral de aquel muchacho antojadizo en donde se escondía la larva de un genio. Rubén Darío es el nombre exotérico, lo oculto; Un bardo Rei es el nombre esotérico, lo oculto, el primero, el vaso de cristal; el segundo, el espíritu diamantino. Y Darío, que sin duda venía de una antigua estirpe real, que no conocemos todavía, pero que se conocerá después, fue siempre un rey en este mundo.

*Rey por sus naturalezas amaneramientos gentiles;
rey por su porte solemne y majestuoso;
rey por su absoluto imperio sobre las almas;
rey por aquella aura atrayente y poderosa como las fuerzas que
desarrollan en sus riberas los ríos escandalosos;
rey porque, como a los dioses paganos, le fueron consagrados un ave
y un árbol: un ave, su cisne inmaculado, y el árbol, el olímpico laurel,
cuyas verdes hojas le adornaron dantescamente sus sienes inmortales.*

ANEXOS



Darío y Maldonado

El cazador de pájaros y conejos: “De Caza” (1880), poema escrito por Darío en Managua a los 13 años

*¡Oh, mi sierra de
Managua que ilumina
un sol tan bello, como
éste de mi dulce patrio
suelo!*

R. D.

ENTRE LAS primicias poéticas de Rubén Darío, existe una que nunca ingresó a las compilaciones dispersas de su obra. Sencillamente porque, descubierta hasta en los años ochenta del siglo XX, fue ajena a los investigadores y editores críticos que en España y México prepararon, durante los años cincuenta, sus aún incompletas *Poesías completas*. Esta composición, pues, se halla ausente en toda la bibliografía activa del gran poeta.

Dificultad de su localización

En realidad, era muy difícil localizarla. El propio Darío prescindió de ella al reunir, en julio de 1881, los materiales de su primer libro *Poesías y artículos en prosa*, que nunca llegó a editarse en vida del poeta. Como se sabe, el joven de catorce años que era entonces Rubén, sólo alcanzó a ordenar el primer tomo de esa obra primigenia—el correspondiente a las poesías— que la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, con estudio preliminar de Fidel Coloma, reprodujo facsimilarmente (Darío, 1967).

El recorte de su texto

Lo cierto es que jamás se tuvo noticia de haber aparecido en publicación periódica alguna de los finales del siglo XIX. Lo que se conocía era el recorte de su texto, impreso muchos años después de su redacción, perteneciente a la biblioteca del doctor y hombre de letras leonés Juan Carrillo Salazar (1874-1933), conservador por su sobrino el profesor Rafael Carrillo Díaz, quien tuvo la gentileza de facilitarlo al suscrito. Según ese recorte, Darío escribió la composición aludida en Managua, 1880, o sea de trece años. Por tanto, es una de sus piezas poemáticas más tempranas; no debe olvidarse que ese mismo año produjo solamente seis: “A mi querido amigo Victoriano Argüello”; “Desengaño” “El poeta”, “A.M.”, “Tú y yo”, y “Naturaleza” y una (“La fe”) el año anterior, 1879, su composición poemática más temprana.

Titulada “De caza”, esta composición desconocida tiene el valor de ser el primer poema *nicaragüense* de Darío. En efecto, consiste en la narración descriptiva de una inocente cacería transmitida por uno de sus protagonistas —Rubén Darío— en 135 versos, distribuidos a su vez en 23 cuartetos. Ahora bien: cada uno de estos lo forman tres octosílabos (8 sílabas) y un tetrasílabo (4 sílabas) llevando todos rima asonante irregular:

*Vamos, escopeta al hombro
mis alegres compañeros,
después de apurar un trago
de lo bueno.*

*Vamos, entre las algazara
de los atrahillados perros,
que están forcejeando por
correr sueltos...*

dicen sus dos primeros cuartetos.

Fuentes

Como se aprecia, Darío utiliza un lenguaje conversacional que mantiene a lo largo de todo el poema y procede de su reciente asimilación del prosaísmo poético en lengua española que cultivado, entre otros, Ramón de Campoamor (1819-1901), Gaspar Núñez de Arce (1832-1901) y sus émulos hispanoamericanos. Hablo, por ejemplo, del colombiano José Manuel Marroquín (1827-1908), poeta de escaso vuelo y Presidente de Colombia en 1898 y de 1900 a 1904, como lo había sido Rafael Núñez (1825-1894) entre 1887 y 1888.

Precisamente, Rubén citaría en el capítulo “Gibraltar” de su libro *Tierras solares* (1904), veinticuatro años después de escribir “De caza”, este cuarteto de Marroquín:

*Van perros de fina raza,
cornetas de monte, en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema La Caza...*

He aquí, entonces, las dos fuentes literarias de este poema: una (“La caza”) del español Nicolás Fernández Moratín (1737-1782) y otra del colombiano José Manuel Marroquín: “Los cazadores y la perrilla”, que ingresó a la *Antología colombiana* de Isaza (1895: 276-279).

Pero Darío no adopta la limitación convencional de la rima consonante, sino que se adapta al tema con mayor flexibilidad expresiva recurriendo —como se dijo— a la asonancia. Esta rima no era novedosa en la poesía española, pues ya la había empleado en sus poemas descriptivos del campo y sus problemas el neoclásico Juan Meléndez Valdés (1754-1817) y también la practicaba ese prosaísta irónico y sentimental que reaccionaba contra el romanticismo: Campoamor. Mas Darío la maneja hábilmente.

Así se observa en los cuartetos siguientes que integran la introducción del poema “De caza”:

*¡Vamos a caza! Ya es hora
de la marcha; ¡arriba, presto!
que ya el alba abre los ojos
tras los cerros.*

*Por las Sierras de Managua
hay unos sotos espléndidos,
donde cazaremos pájaros
y conejos.*

*Y aún dicen que los venados
dejan asomar los cuernos
y los prueban sus pezuñas
en el suelo.*

*Ya huele a tierra mojada;
cavó el primer aguacero;
está la mañana linda,
¡compañeros!*

Los hallazgos de Espinoza R. y José Jirón Terán

Curiosamente, tres de estos cuartetos los había transcrito el nicaragüense Emilio Espinoza R., como ejemplo de un tipo de estrofa (*copla de pie quebrado*) en una obra de preceptiva literaria (Espinoza R., 1928: 176). En esta obra aparecen los tres referidos cuartetos, bajo la firma de Darío, con otros versos de pie quebrado de los españoles Jorge Manrique (1440-1479) y José de Espronceda (1880-1842).

Al igual que Carrillo Salazar, Espinoza R. conocía y valoraba “De caza”; pero si aquél se concretó a conservarlo en un recorte — lo que hizo posible su descubrimiento—, éste le reconocía su feliz estructura estrófica. Por su lado, José Jirón Terán —quien encontró la transcripción de los cuartetos en la obra de Espinoza— había localizado, antes que el profesor Carrillo Díaz, otro recorte impreso de este poema. Sin embargo, no pudo difundirlo ni estudiarlo.

Un poema precursor

En concreto, “De caza” puede considerarse un texto precursor de la corriente poética contemporánea que en América Latina se ha dado en llamar *coloquialismo*. Propiamente, es un texto construido a base de las expresiones coloquiales más comunes, con las cuales el autor elude la gastada retórica romántica de su medio centroamericano. Más aún: en relación con el posterior desarrollo de la poesía nicaragüense, “De caza” anticipa elementos modernos del *exteriorismo* formulado por Ernesto Cardenal.

Como se verá, este poema también asimila lo *nicaragüense* en el sentido de que en él Darío nombra la geografía, flora y fauna de su país, admira su paisaje solariego e invernal y expresa, en medio de un vocabulario libresco, el habla popular. Por eso cuatro de los versos citados —el 11 y 12, el 22, 23 y 24— resultan, si no insólitos, al menos significativos:

*que ya el alba abre los ojos
tras los cerros
cayó el primer aguacero;
está la mañana linda,
compañeros.*

¿No logra Darío una imagen poética moderna, o vanguardista, en los versos 11 y 12? ¿No contiene ya su verso 22 la esencia vernácula del “Primer aguacero” de Luis Alberto Cabrales, poema renovador de la poesía nacional? ¿No fija desde muy temprano, en el verso 23, un adjetivo (*lindo*), característico de nuestra comarca lingüística? Y en el verso 24, el sustantivo *compañeros* —que se explica por el ambiente de camaradería de todo el poema—, ¿no lo escuchamos familiar en la actualidad? Naturalmente.

Trasfondo material

Es preciso ejemplificar algunos de los puntos anteriores. Pero cabe referir el lugar donde se desarrolla la acción: las Sierras de Managua. Para esos años, esta zona iniciaba su auge cafetalero, producción que entonces había reactivado la vida económica de la capital de la república. En la revista *El Ensayo* de León, donde Darío colaboraba con frecuencia, se publicó un artículo de Rafael A. Rivas titulado “Lo que fue [Managua] y lo que es”, que dice en dos de sus párrafos:

...Managua no prometía nada i sus habitantes de entonces jamás soñarían en verla convertida en el centro de la agricultura nicaragüense, con hermosos edificios, sus calles aseadas, establecimientos de comercio en grande escala, buenos hoteles, vapor i muelle de hierros en su pintoresco y manso Lago i todo el adorno inherente a la Capital de una República. Millares de pesos circulan diariamente en su mercado.

Por todas partes i en todo tiempo se tropieza con el movimiento emprendedor, agrícola, mercantil, i con especialidad en la cosecha del café; esta temporada es de pasarse en Managua, sus casas casi todas se ven ocupadas por este artículo. A las familias, unidas con unas cuantas operarias, se les ve afanadas en la limpia del café; sus calles atestadas de carretas que van y vienen, el silbido de las máquinas de beneficiar se oye a toda hora, los hoteles llenos de los

comerciantes de casi toda la República que acuden a sus compras. ¡Oh movimiento! Managua en esa época es el Nueva York de Nicaragua (Rivas, mayo, 1881: 284-285).

A este trasfondo material, o económico, remite “De Caza”, ya que su acción se ubica —como lo revela el verso 13— en la zona cafetalera de Las Sierras de Managua.

La circunstancia biográfica: el cazador de pájaros en las sierras de Managua

También conviene relacionarlo antes, como poema autobiográfico que es, con la vida de Darío. ¿Se hallaba éste en Managua hacia 1880? No lo indican ninguno de sus biógrafos. Pero eso no niega su presencia en Las Sierras de este Departamento. Tampoco los biógrafos conocían su breve estada en Puntarenas, Costa Rica, pues el 2 de octubre de

1880 se encontraba en esa ciudad, según carta descubierta y difundida por Jirón Terán (julio-diciembre, 1981: 41-42). Es indudable, pues, la temprana aparición de Darío en la capital.

Además, no deja de sugerirlo en su artículo “Viaje a Tarascón” que firmó en Costa Rica el 14 de noviembre de 1891; hablando de los *cazadores de gorras* —o sea de quienes se desprendían sus gorras y, lanzándolas al aire, les disparaban al vuelo el número de perdigones convenido— recuerda: *yo mismo lo fui en aquellos tiempos de mi primera juventud*. Sin embargo, no especifica que lo fue —como en “De caza”— de pájaros y conejos.

Por otra parte, en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (IX) evoca las visitas en pequeñas barcas al puerto de Corinto, por esteros y manglares, *poblados de grandes almejas y cangrejos, y me iba a admirar al cónsul inglés Miller, que perseguía a balazos, con su Winchester, a los tiburones*. No habla de su afición a la caza, pero ésta le

nacería pronto a los trece años. Según la misma autobiografía (XIII), a los dieciocho —cuando regresó de El Salvador a sus 16 años y vivía en Managua— hizo viajes a Momotombo, el puerto del lago de Managua. *En ocasiones* —agrega—, *cazaba cocodrilos con Winchester, en compañía de un rico y elegante amigo llamado Lisímaco Lacayo*. Mas este recuerdo debió remontarse a la Managua de 1880, cuando marchó con varios *alegres compañeros*, entre ellos quizás el capitalino Lacayo, a cazar en Las Sierras de Managua. Porque es muy sabido que en su autobiografía, muy comprimida desde el punto de vista nemotécnico, abundan los *lapsus* y olvidos notables.

Elementos exterioristas

Veáanse, ahora, sus elementos exterioristas.

Primero: “De caza” responde a la definición de *poesía exteriorista* que ha dado Ernesto Cardenal: *la poesía creada con las imágenes del mundo exterior; el mundo que vemos y palpamos...El exteriorismo es la poesía objetiva: narrativa y anecdótica, hecha con los elementos de la vida real....* (Cardenal, 1973:vii-viii)

Segundo: exactamente contiene el relato de una cacería matinal, que concluye a las tres de la tarde, por las *sierras de Managua* (verso 13) un día de mayo (el mes de las primeras lluvias) que Darío no nombra, pero alude a él (*cayó el primer aguacero*); hecho concreto que inicia con sus amigos *después de apurar un trago/de lo bueno*, montar a caballo (*jacos ensillados*), fumar puros y arrojar el humo al cielo para exclamar, en tono ostensiblemente conversacional: *¡ah qué felices que somos,/caballeros!*

Desde luego, el paisaje no lo puede eludir el poeta: ¡Qué verdes están *los montes!*/*El airecillo, ¡qué fresco!*/*Gocemos de las delicias de un reguero*”. Y lo mismo la flora y la fauna, a lo que denomina con sus nombres generalizados en el país:

*De los verdes piñuelares
con sus cogollos bermejos,
espantamos los zanates
clarineros.*

(Luego refiere que *las tortollillas arrullan/sobre los tupidos setos,/ esponjadas, con los picos/entreabiertos* y de terneros, pájaros, conejos, ardillas, palomas y habla de un *extendido y alto cedro*).

Igualmente, la exactitud exteriorista establecida por Cardenal tiene su ejemplo en un par de versos: *En esa huerta que tiene/veinte manzanas lo menos*, complementados, para cerrar el cuarteto, con los siguientes que atisban el mundo ganadero y tiernamente infantil de algunos *Poemas nicaragüenses* (1934) de Pablo Antonio Cuadra:

*berrean viendo las ubres
los terneros.*

Incluso el campesino del mismo poeta nacional es ya descrito a la manera exteriorista, es decir, con detalles precisos:

*Con el hacha sobre el hombro
y desnudo el ancho pecho,
caminan a su labranza los labriegos.*

*A un lado la calabaza,
al otro el morral repleto,
van cruzando los caminos
y linderos.*

El nombre propio —imprescindible a la corriente exteriorista— vuelve a surgir en estos versos llenos de luz solar:

*Oh, mi sierra de Managua
que ilumina un sol tan bello,
como este sol de mi dulce
patrio suelo!*

En estos cuartetos, Darío logra un tempranísimo canto al trópico de su Nicaragua natal que más adelante detalla:

*Y volvimos a Managua
cuando el sol estaba ardiendo
como gigantesca brasa
sobre el cielo.*

*Sol de las tres de la tarde,
sol como éste de mis pueblos,
que juzgo que no lo tienen
los ajenos.*

¿No está aquí prefigurado su verso esencial de “Allá lejos” *bajo el nicaragüense sol de encendidos oros*? Sin duda.

Pasando a los vocablos del habla nicaragüense presentes en “De caza”, llama la atención que Darío emplee —en el verso 22: está la manzana *linda*— el adjetivo lindo con la dimensión y el sentido propio que le otorgamos en Nicaragua; adjetivo que utilizará en muchos de sus poemas ulteriores.

Resulta interesante, también, el uso de dos diminutivos a lo nica (“detengamos un *poquito*... y “matamos tres *palomitas*”), al igual que el sustantivo *zanates/clarineros* que reaparecerá, doce años después, en “Tutecotzimí” (1892), muestrario descriptivo del trópico americano.

Por todo lo anterior, se ha demostrado que “De caza” no sólo fue el primer poema nicaragüense de Darío y el primero fechado en la capital de Nicaragua, sino un precursor efectivo de la moderna corriente *exteriorista*.

[Managua, enero, 1984]

De Caza

*Vamos, escopeta el hombro
mis alegres compañeros,
después de apurar un trago
de lo bueno.*

*Vamos, entre la algazara
de los atraillados perros,
que están forcejeando por
correr sueltos.*

*¡Vamos a caza! Ya es hora
de la marcha; ¡arriba, presto!
que ya el alba abre los ojos
tras los cerros.*

*Por las sierras de Managua
hay unos sotos espléndidos,
donde cazaremos pájaros
y conejos;*

*Y aún dicen que los venados
dejan asomar los cuernos;
y lo prueban sus pezuñas
en el suelo.*

*Ya huele a tierra mojada;
cayó el primer aguacero;
está la mañana linda,
compañeros!*

*Ya los jacos ensillados
están mascando los frenos.
¿Estamos apercebidos?
Pues, marchemos.*

*¡Qué verdes están los montes!
El airecillo, ¡qué fresco!
Gocemos de las delicias
de un veguero.*

*Con los puros en la boca,
y arrojando el humo al cielo,
¡ah, qué felices que somos,
caballeros!*

*No vayamos tan de prisa
por estos campos amenos;
detengamos un poquito
los overos.*

*De los verdes piñuelares
con sus cogollos bermejos,
espantamos los zanates
clarineros.*

*Las tortolillas arrullan
sobre los tupidos setos,
esponjadas, con los picos
entreabiertos.*

*En esa huerta que tiene
veinte manzanas lo menos,
barrean viendo las ubres
los terneros.*

*Con el hacha sobre el hombro
y desnudo el ancho pecho,
caminan a su labranza
los labriegos.*

*A un lado la calabaza,
al otro el morral repleto.
van cruzando los caminos
y linderos.*

*¡Oh, mi sierra de Managua
que ilumina un sol tan bello,
como este sol de mi dulce
patrio suelo!*

*Aquí una espina me punza
y en una juncia me enredo:
y yo sigo tropezando
y cayendo.*

*Y del soto en que nos vimos
nos llegamos muy en medio;
y por fin logramos pájaros
y conejos.*

II

*Fuimos a buscar las bestias
rendidos y medio muertos,
jadeantes y seguidos
de los perros.*

*Y volvimos a Managua
cuando el sol estaba ardiendo
como gigantesca brasa
como el cielo.*

*Sol de las tres de la tarde,
sol como este de mis pueblos,
que juzgo que no lo tienen
los ajenos.*

*Sudando la gota gorda,
sin almorzar; mas contentos,
encontramos nuestros jacos,
caballeros.*

*Bien henchidas las alforjas,
con hojas en los sombreros,
y arañazos en la cara
y en los dedos.*

*¿Qué os parece, amigos míos?
¿Estáis alegres? ¡Cantemos!
Y apuremos otro trago
de lo bueno.*

*Cuesta arriba, poco a poco,
vamos al monte subiendo.
ya llegamos: ¡ved los canes
que estén sueltos!*

*Quedan las caballerías
aquí; las ramas rompiendo,
vamos a buscar los pájaros
y conejos.*

*Si miráis algún venado
no hagáis ruido, estaos quietos;
y dejadme, que soy hábil
para esto.*

*Allá en las cumbres de ese
extendido y alto cedro,
está una ardilla, que pronto
mataremos.*

*¡Listos a cogerla!...prum!...
le he pegado; cayó al suelo;
le metí las municiones
en el pecho.*

*¿Qué es aquello? Unas palomas.
Pues bien, a matar aquello.
Listos, apunten, muchachos,
y hagan... ¡fuego!*

*Matamos tres palomitas;
ya hemos ganado el almuerzo;
pero busquemos más caza
más adentro.*

*Los que gustéis de la caza
caminad por esos cerros,
y yo os juro que vendréis
satisfechos;*

*Como volvimos nosotros,
muchachos siempre dispuestos
a entrar cargados de pájaros
y conejos.*

[Managua, 1880]

Decreto del Congreso Nacional

El presidente de la República, a sus habitantes:

Sabed

Que el Senado y Cámara de Diputados
de la República de Nicaragua, Considerando:

Que falleció ayer en la ciudad de León el esclarecido ciudadano Rubén Darío, quien con su eminente labor intelectual, aumentó notablemente el tesoro literario de los pueblos que hablan el idioma español, contribuyendo así, de manera eficaz, al buen nombre de Nicaragua;

Que el extinto Rubén Darío tuvo un tiempo la representación diplomática del Gobierno de Nicaragua con el carácter de Ministro Residente en la Corte de España;

Considerando:

Que es un deber de cultura nacional honrar la memoria de los ciudadanos que con su labor han contribuido a la gloria de la patria,

Decreta:

Art. 1º. Declara duelo nacional el fallecimiento del ilustre centroamericano Rubén Darío.

Art. 2º. Los funerales serán costeados por el Tesoro de la República, quedando el poder ejecutivo ampliamente facultado para disponer lo conveniente en orden a los honores militares que deben tributársele y a las demás formalidades de ordenanza.

Art. 3º. El Congreso Nacional será representado en los funerales del eximio por medio de comisiones que nombrarán las Cámaras separadamente.

Art. 4º. El Presidente del Congreso comunicará a los Cuerpos Legislativos de Centro América el infausto suceso, origen del presente decreto de honores.

Art. 5º. Permitir el cadáver de Darío sea inhumado en la Santa Iglesia Catedral de León.

Art. 6º. El presente decreto regirá desde su publicación.

Dado en el Salón de Sesiones de la Cámara de Diputados. Managua, 7 de febrero de 1916. –Díaz–. El Ministro de la Guerra y Marina, encargado eventualmente del Despacho de la Gobernación– [José Andrés] Urtecho.

Bibliografía

Antologíacolombiana/colegidapor/EmilianoIsaza/Correspondiente de la Real Academia Española/Tomo I. (París, Librería de la Vda de Ch. Bouret, 1895, pp. 276-279.)

Arellano, Jorge Eduardo: *Azul... : nuevas perspectivas.* Washington, Organización de los Estados Americanos, 1993.

_____ y José Jirón Terán: *Contribuciones al estudio de Rubén Darío / Investigaciones en torno a Rubén Darío.* Managua, Dirección General de Bibliotecas, Hemeroteca y Archivos, 1980.

Cardenal, Ernesto: *Poesía nicaragüense.* La Habana, Casa de las América, 1973.

Darío, Rubén: *Cartas desconocidas de Rubén Darío.* Introducción, selección y notas: Jorge Eduardo Arellano. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000.

_____ : *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical.* Edición de Fidel Coloma. Managua, Nueva Nicaragua, 1987.

_____ : *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Espinoza R., Emilio: *Literatura didáctica arreglada conforme a los programas oficiales de Guatemala, Nicaragua, Honduras y la primera parte con el de El Salvador.* Guatemala, Tipografía Nacional, enero de 1928.

Huezo, Francisco: *Últimos días de Rubén Darío.* Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1962.

Jirón Terán, José, comp.: "Diez cartas desconocidas de Rubén Darío", en *Cuadernos de Bibliografía Nicaragüense*, nº 2, julio- diciembre, 1981, pp. 41-42.

_____ y Jorge Eduardo Arellano: *Rubén Darío primigenio*. (Nuevas investigaciones de sus inicios literarios). Managua, Ediciones Convivio, 1984.

Mejía Sánchez, Ernesto: *Cuestiones rubendarianas*. Madrid, Revista de Occidente, 1970.

Pedro, Agustín de: *Vida de Rubén Darío*. Managua, coedición Fondo Editorial CIRA y Programa de Textos Escolares Nacionales, 1999.

Prado, Edgardo: “La esposa nicaragüense del poeta”, en *Gota de agua en la noche* (relatos). Managua, Imprenta Nacional, 1972, pp. 66-70.

Prado, Juan B., comp.: *Laurel solariego*. Managua, Tipografía Internacional, 1909.

Rivas, Rafael: “Lo que fue Managua y lo que es”. *El Ensayo*. León, nº 20, 30 de mayo, 1881, pp. 284-285.

Sequeira, Diego Manuel: “Páginas de *El Retorno*”, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 65, febrero, 1966, pp. 127-128.

_____ : *Rubén Darío criollo o raíz y médula de su creación poética*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1945.

Torres, Edelberto: *La dramática vida de Rubén Darío*. Edición definitiva. San José, C.R., Educa, 1980.

Zúñiga Pallais, Darío: *Homenaje a Rubén Darío*. [Presentación: Edgardo Buitrago]. Managua, PAVSA, 2009. 116 p. [Edición facsimilar de la publicada en León por G. Alaniz en 1916].

2020

PATRIA!

PAZ!

PERVENIR!

TE  Nicaragua